

Selección TERROR

Curtis Garland

LA MANO LEPROSA


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

534 – La danza de los esqueletos, *Ada Coretti*.
535 – …Y surgieron de la niebla, *Ralph Barby*.
536 – Satán y su familia, *Clark Carrados*.
537 – Olvidados, *Ralph Barby*.
538 – Excursión al infierno, *Joseph Berna*.

CURTIS GARLAND

LA MANO LEPROSA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 539
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 18.399 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1983
2ª edición en América: enero, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Era una fría mañana del invierno londinense. El cielo aparecía encapotado, la luz era grisácea y gélida, y la temperatura bajísima

Había estado nevando toda la noche sin cesar, e incluso a primeras horas de la mañana. Ahora, aunque ya no caían copos, las calles ofrecían un aspecto blanco y esponjoso en calzadas y aceras. Los carruajes, al pasar, dejaban profundas huellas de sus ruedas, embarrándose poco a poco en el centro del empedrado, mientras el paulatino descenso de temperatura iba tomando la superficie nevada más dura y resbaladiza y, por tanto, mucho más peligrosa para la integridad física de los escasos transeúntes que abandonaban sus casas para adquirir algo o para ir a trabajar en oficios que no requerían madrugar demasiado.

A las diez y media en punto, la antesala de Derek Dalby hervía de gente, que acudía como moscas a la miel, a la llamada de su anuncio publicado en el *Times* y en el *Telegraph*. El reclamo de un buen salario y un trabajo seguro, atraía siempre a numerosos aspirantes, y más en una época de crisis como aquella.

Derek Dalby suspiró al echar una ojeada por la rendija de su puerta al atestado saloncito.

—Evidentemente, tengo trabajo para toda la mañana y quizá toda la tarde —se lamentó, moviendo la cabeza con disgusto—. Nunca imaginé que hubiera tanta gente parada y con ganas de tener un trabajo decente...

Iba a cerrar la puerta, para sentarse en su despacho y empezar a hacer pasar a los aspirantes, cuando ocurrió fuera una especie de pequeño terremoto. Las exclamaciones de asombro y los murmullos coincidieron con la entrada de un nuevo candidato en la antesala, puesto que sonó la puerta y unas pisadas se aproximaron adonde él estaba.

—Buenos días, caballeros —dijo una voz—, ¿Detrás de quién voy, por favor?

El terremoto alcanzó con sus efectos a Derek Dalby. Este, perplejo, abrió un poco más la puerta para comprobar que lo que había oído no era ninguna ilusión de sus sentidos. Comprobó lo que ya sospechaba.

El último aspirante era una mujer.

¡Una mujer en una demanda de empleo para secretaria de un detective privado! Jamás se había visto nada parecido en Londres, sin duda. En ese feliz año de 1885, las mujeres luchaban aún por sus derechos sin que nadie las hiciera demasiado caso. Y he aquí que una mujer aspiraba a ser nada menos que secretaria privada.

—Señorita, ¡ejem! —carraspeó uno de los presentes, atusando sus

largos bigotes antes de decidirse a hablar, dominando su sorpresa—. Creo que comete un error. Aquí no se viene a buscar un empleo en una fábrica o factoría textil ni cosa parecida...

—Supongo que no —respondió dignamente la dama—. Respondo a un anuncio publicado en el Times, solicitando un puesto de secretario vacante.

Y se sentó, tan tranquila, apoyándose en el paraguas que llevaba plegado, con aire de total indiferencia hacia sus competidores del sexo opuesto. Estos cambiaron entre sí miradas de verdadero estupor y hasta de escándalo.

—Jesús, no sé adónde vamos a llegar así —se lamentó uno en particular—. ¡Una mujer en una oficina! Nunca hubiera creído que nadie pretendiera semejante locura...

Derek rió, cerrando suavemente la puerta. Se frotó las manos. Le gustaba aquello. Imaginarse por un momento teniendo a una mujer en el puesto de secretaria no podía por menos de causarle fruición. ¿Qué dirían sus doctos colegas, qué hablaría la sociedad londinense, si una mujer ocupara semejante puesto de trabajo, alterando todas las normas y costumbres de una forma de vivir? La sola idea de que pudiera tener a una mujer a sus órdenes, ya le resultaba emocionante y. divertido. Pero no iba a dejarse llevar por sus criterios revolucionarios y algo anárquicos que tanto escandalizaban a sus conciudadanos. Antes tendría que comprobar si, efectivamente, aquella audaz jovencita tenía suficientes conocimientos para tal tarea. En igualdad de condiciones con un hombre, era obvio que se quedaría con la dama. Tal posibilidad era demasiado regocijante para dejársela perder.

Se puso en compostura, abrió la puerta solemnemente y pidió con voz clara:

—Que pase el primero, por favor.

Se inició allí un largo peregrinaje de personas más o menos preparadas para un trabajo como aquél, y la pesada, minuciosa tarea de Derek, anotando pros y contras de cada aspirante, sus datos personales y cuanto precisaba. A todos les despedía con la misma muletilla rutinaria:

—Recibirá en su casa un telegrama con mi decisión, caballero. Gracias por su amabilidad en venir a ofrecerme sus servicios. Estudiaré sus datos con todo interés.

Les hacía una breve prueba en la que mezclaba la agudeza mental, la improvisación, la capacidad psicológica y la puramente rutinaria de empleado eficiente, para terminar dando un valor proporcional a cada uno de ellos, antes de estrechar su mano y decirles «hasta pronto».

Era casi mediodía cuando penetró la joven en su despacho. La examinó sin reflejar sorpresa alguna en su rostro, y observó que eso le

gustaba a ella. Se trataba, como ya viera antes, de una joven bien parecida, de cabellos rubios naturales, ojos claros, sonrisa agradable, figura bien moldeada, vestida con cierta elegancia, aunque sin ningún lujo, y con aire decidido, singularmente resuelto.

—¿Su nombre? —comenzó preguntando mientras tomaba otra hoja de papel y se disponía a escribir.

—Aquí tiene todos mis datos —se apresuró a decir ella, con encantadora sonrisa, depositando ante él un pliego repleto de letra minuciosa, de caligrafía cuidada, que extrajo de su monedero con rapidez—. Pensé que con ello ganaría usted tiempo.

Derek le echó una ojeada. La joven, según aquellos informes, perfectamente ordenados en el papel, se llamaba Susan Blake, tenía veintitrés años y vivía en Chelsea, aunque había nacido en Liverpool. Era huérfana de padre y madre, no tenía hermanos, había estudiado en el Hartfield College, institución femenina de cierta reputación, y aseguraba dominar todas las especialidades del secretariado, desde taquigrafía y redacción hasta archivos y otras muchas cosas. Dominaba también la lengua francesa a la perfección, y era buena contable. En suma, una verdadera joya.

—Me deja asombrado, señorita Blake —admitió Derek, sonriendo y dejando el papel sobre la mesa—. Con esos apuntes, hemos ganado al menos media hora, gracias.

—No me gusta perder el tiempo ni que nadie lo pierda por mí —dijo ella con sencillez, apoyando sus manos en el puño de su paraguas.

—A eso le llamo yo tener sentido práctico, señorita. Ahora haremos unas breves pruebas, para ver todas esas condiciones que usted cita aquí, y también haremos unos pequeños ejemplos de psicología, ciencia muy útil para personas que deban trabajar en esta especialidad mía.

—¿Psicología? —sonrió ella—. Pregunte lo que quiera, señor Dalby. Veo que le resulta grato imaginarme empleada suya, aunque sólo sea para fastidiar a mucha gente de esta ciudad que le calificará de excéntrico y revolucionario, cosa que en el fondo le encanta ser. Pero es tan honesto consigo mismo y con los demás, que no me eligiría por nada del mundo, si uno solo de esos caballeros que me precedieron fuese más eficiente que yo en el trabajo.

—Asombrosa deducción —aprobó Derek, complacido—. Eso denota ya capacidad psicológica.

—Lo sé —aseguró ella sin modestia—. También sé que uno de los aspirantes que han entrado aquí debió de ser marino en tiempos, otro es escocés y bebe demasiado, y un tercero ha pasado largos años en las Colonias, es militar retirado y sin duda sufrió unas fiebres de las que todavía no ha sanado totalmente, aparte una pasible herida de

guerra.

—Admirable —Derek se echó atrás., estudiando con sorpresa a su interlocutora—. ¿Todo eso se lo dijeron ellos, señorita Blake?

—No, no —rió la joven—. Ni tan siquiera lo hablaron entre sí. Entonces no tendría la menor importancia mencionarlo.

—¿Es deducción suya, entonces?

—Así es.

—Coincide, exactamente, con los datos que obtuve de tres de los candidatos al puesto. ¿Puede decirme en qué se basó para sacar tales conclusiones?

—Oh, es muy sencillo. Uno de esos caballeros llevaba consigo un paquete. Lo abrió para sacar un emparedado que comió en la antesala. Para volverlo a cerrar, le vi atar un complicado pero a la vez sencillo nudo con la mayor facilidad, y recordé que esa clase de nudos sólo los hacen los marinos. Era una deducción sencilla.

—¿Y las otras dos?

—Muy simples también. Uno era pelirrojo, tenía la nariz muy colorada y venillas amoratadas dispersas por sus mofletes, prueba inequívoca de que es un buen bebedor, y sus facciones corresponden al típico escocés. Pero confirmé esto último al ver que luda un pequeño emblema con un tartán verde y negro en su chaleco, símbolo de algún clan escocés.

—Sobresaliente. ¿Y el tercer caso?

—Más sencillo aún: tez morena, curtida por un sol que no es el inglés, porte rígido, castrense, bigotes blancos, de aire marcial, autoridad en el gesto... Un militar o ex militar en las colonias. Tomó dos veces un sorbo de un pequeño frasco de quinina. Fiebres tropicales, sin duda. Y cojea levemente de su pierna izquierda, aunque procura disimularlo lo más posible. Una herida de guerra sin duda, a juzgar por la rigidez de su rodilla, que no flexiona.

—Es usted muy observadora y enormemente sagaz, señorita Blake —sonrió Derek—. Me ha impresionado.

—No lo pretendía. Me gusta observar a la gente y sacar conclusiones.

—Ha pasado con brillantez su prueba de psicología, no hay duda. Le diré como a los demás: puede volver a su casa y esperar mi telegrama. Le informaré en él de mi decisión, sea cual sea.

—Gracias —ella se puso en pie y sonrió—. Hasta pronto, señor Dalby.

Y abandonó la oficina como si estuviera convencida de antemano de que ella sería la elegida finalmente.

En eso no se equivocaba mucho. Dos días más tarde, Susan Blake recibía un telegrama firmado por Derek Dalby con un texto muy breve y conciso:

«Ha sido elegida. Preséntese lo antes posible en mi despacho.»

*

Volvió a nevar con intensidad los siguientes días. Una fuerte ola de frío sacudía no sólo la capital, sino todo el Reino Unido, y las nevadas eran aún más intensas en las regiones del Norte, como Escocia, a juzgar por lo que decían los periódicos.

Las calles de la ciudad se cubrieron de un blanco manto helado, por el que era tan difícil caminar a pie sin patinar aparatosamente, como hacer rodar un carruaje sin peligro para sus ocupantes y, sobre todo, para el tiro de caballos. Por ello el tráfico por Londres se hizo escaso y lento, y en las viviendas y oficinas se encendieron a tope las estufas y las chimeneas, tratando de combatir el frío ambiente.

Aquella mañana, la tercera desde que Susan Blake recibiera el telegrama concediéndole el puesto, la joven llegó aterida a la oficina del detective privado Derek Dalby, su nuevo jefe, y alterando la puntualidad habitual en ella en los días anteriores. Se excusó con él, mientras se despojaba de su gorro de piel y de su manguito y abrigo, al amor de la lumbre que ardía acogedora en el hogar:

—Créame que lo siento, señor Dalby —habló dolida—. No pude llegar antes por culpa de la nieve. No había carruajes de punto y los vehículos de línea venían muy retrasados. Me quedaré más tiempo después, para compensar mi tardanza, y espero que esto no vuelva a suceder, por mucha nieve que caiga.

—No tiene que excusarse, señorita Blake —sonrió el joven detective, con aire distraído, hojeando el Times tras su mesa de trabajo—. Nadie puede nada contra los elementos. Estaba seguro de que llegaría más tarde de lo que lo ha hecho. Vea las oficinas de enfrente, las de esa empresa naviera. Faltan todavía al menos dos terceras partes de sus empleados.

Ella asintió, comprobando por las vidrieras de la vecina empresa que era cierto lo que apuntaba su jefe. Iba a responder algo, cuando él la interrumpió con un nuevo giro en el tema de la conversación:

—Además, no tiene que quedarse más de lo preciso por propia voluntad. Tiene que viajar conmigo esta misma tarde.

—¿Cómo? — se sorprendió ella, enarcando las cejas.

—Viajar. Eso dije —suspiró el detective—. No crea que me entusiasma hacerlo con este clima, pero no hay más remedio. Naturalmente, su sueldo fuera de estas oficinas será mucho más elevado durante el tiempo que dure nuestro viaje, su manutención y alojamiento corren de mi cuenta, y cobrará las horas extra a un precio razonable. Naturalmente, por su contrato conmigo, no está obligada a

venir, si considera que no es de su agrado abandonar Londres.

—Soy su secretaria, señor Dalby —sostuvo ella con firmeza—. Si me pide que vaya con usted a alguna parte en cumplimiento de mis obligaciones, cuente conmigo incondicionalmente.

—Gracias. Sabía que no iba a negarme su colaboración. Nuestro viaje no es muy largo, pero sí molesto. Los trenes estarán particularmente fríos con este tiempo, y el clima al norte de Londres será aún peor de lo que es aquí.

—¿Puedo saber adónde vamos?

—Por supuesto, señorita Blake. A una población costera de cierta importancia, en Humberside. Se trata de Kingston. Pero no nos alojaremos en la misma ciudad, sino en las afueras, en la propiedad de un cliente. Espero que allí sí sea bueno el clima, dado que es una finca de categoría. Tomaremos el tren en la estación de King's Cross a las tres treinta, y espero que estemos en nuestro destino a la hora de la cena, si la via está lo bastante practicable.

«Naturalmente, puede ir a su casa a recoger su equipaje si lo desea. Yo la puedo llevar con mi carruaje, antes de tomar el tren, y después de haber almorzado juntos, si es que me permite invitarla hoy, a causa del trastorno de horario que provoca este viaje.

La joven vaciló, para terminar sonriendo y moviendo afirmativamente la cabeza.

—De acuerdo en todo, señor Dalby. Nada que objetar a su programa.

—Gracias. ¿No desea saber por qué emprendemos ese viaje tan precipitadamente?

—Es usted el jefe. Si así lo ha dispuesto, será por cuestión de trabajo. Un nuevo asunto, me imagino.

—Así es. Un asunto fascinante, en principio, aunque algo extraño e inquietante, debo admitirlo. Nuestro cliente es importante. Nada menos que un aristócrata, sir Tobías Curshing. De los Curshing de Humberside, una familia de rancio abolengo. Lea esta carta, se lo ruego.

Le tendió una misiva que la joven secretaria tomó tras despojarse de sus guantes, y que comenzó a leer en voz alta, con su timbre grato y suave:

«Estimado señor Dalby: Me han hablado muy bien de usted como investigador privado de gran eficacia, especializado en asuntos difíciles y nada rutinarios. Lo he pensado mucho antes de decidirme, pero al fin lo he hecho. Deseo contratar sus servicios para descubrir un horrible asesinato. Y para sacarme de una espantosa duda que no me deja vivir y tortura mi ánimo. El tema es demasiado delicado para exponérselo aquí detalladamente. Espero su llegada a mi finca de

Kingston, en Humberside. La hallará fácilmente en la comarca, justamente en la carretera a Bridlington, a pocas millas de Long Riston. Envíeme confirmación telegráfica de su llegada, si el caso le interesa. Le incluyo un cheque como pequeño anticipo por sus servicios. Espero acepte mi petición. En caso contrario, devuélvame el cheque sin prisa alguna, y perdone la molestia. Pero por favor, si le es posible, no deje de escuchar mi petición de ayuda. Puede ser cosa de vida o muerte. Suyo atentamente: sir Tobías Curshing.»

La joven depositó el mensaje encima de la mesa del detective, meditativa. Sus ojos brillaban. Declaró con sencillez:

—Un hombre preocupado. Asustado, diría yo. Empieza a escribir la carta con letra bastante correcta. A medida que avanza, se pone más y más nervioso, y su letra se altera visiblemente, hasta parecer confusa y casi ilegible.

—Muy observadora, como siempre —sonrió Derek—. Por eso deseo que venga conmigo. Puede serme muy útil. Además, el señor Curshing parece ser muy generoso. El talón que acompañaba a esa carta, está extendido por valor de dos mil libras.

—Mucho dinero, para «un pequeño anticipo» —señaló ella, pensativa.

—Así es. Por si todo ello fuera poco, casi de inmediato llegó este telegrama. Curioso, ¿no?

Le tendía otro papel a la joven. Ella lo tomó. Era, ciertamente, un telegrama expedido en Kingston, Humberside. Iba a nombre de «Derek Dalby, detective privado». Su texto era tan breve como angustioso:

«Por favor, acepte encargo de mi prometido. Se lo ruego encarecidamente. Por él, por mí, por todos. Estoy asustada. Apiádese de mí y de mis terrores. Su amiga: Moira Shayne.»

—Sorprendente telegrama —admitió Susan—, Hay que sentir mucho miedo, mucha angustia, para escribir algo así y enviarlo telegráficamente.

—Pienso lo mismo. Ya he respondido a ambos telegramas con otros dos. He aceptado el caso y anunciado que esta noche estaré allí sin falta, posiblemente con mi secretaria. De modo que tendremos reservado el alojamiento y, sin duda, también la cena dispuesta. Entonces, señorita Blake, sabremos qué es lo que tanto atemoriza y preocupa a nuestro cliente y a su novia. La advertiré que, por si acaso, pienso ir armado —y extrajo de un cajón de su mesa un revólver negro, pavonado, de cilindro con seis balas—. ¿Usted no sabe manejar armas de fuego?

—No, pero no dudaría en aprender si fuera necesario —afirmó ella, con energía—. Veremos primero cómo es aquello, para obrar en consecuencia.

—Admirable —rió Derek—, Es usted admirable, palabra. Cualquier otra mujer se hubiera horrorizado ante la simple mención de un revólver. Usted, en cambio, lo acepta sin pestañear y hasta se siente capaz de utilizarlo' en caso extremo.

—De eso, puede estar seguro. Cuando existe peligro, se debe recurrir a lo que sea para combatirlo.

—Cada vez me alegro más de haberle contratado como secretaria. La gente en Londres dice de mí que soy un tipo raro, un detective muy especial, anárquico y nada ortodoxo. El hecho de contratar a una mujer para este puesto, ha escandalizado a todos mis colegas de la ciudad. Pero todo eso me tiene sin cuidado. Creo que usted es la persona idónea para trabajar conmigo, y eso me basta. Ahora, póngase a trabajar, por favor. Tenemos mucho que hacer, antes de tomar ese tren.

—Sí, señor Dalby —asintió ella, dirigiéndose a su mesa.

CAPITULO II

Había dejado de nevar cuando el tren abandonó King's Cross.

Sentados en un compartimento de primera clase, relativamente confortable a pesar del gélido clima de la tarde londinense, gris y sombría, Derek Dalby y Susan Blake, el uno frente al otro, se disponían a pasar varias horas de monótono viaje, ojeando los diarios de la tarde. El tren arrancó, y pronto estuvieron rodando por las afueras de Londres, rodeados de una espesa capa de nieve que lo blanqueaba todo, prestando un resplandor fantasmal a la tarde.

La gran urbe fue quedando atrás, y el interventor pasó a revisar los billetes y encender las luces de gas del techo de los compartimentos, habida cuenta de que, pese a lo temprano de la hora, el cielo nublado era ya de un color plomizo que oscurecía prematuramente la luz del día.

De pronto, la joven lanzó una exclamación. Derek alzó sus ojos del periódico que leía, un ejemplar del semanario *Detective Weekly*, de hojas amarillas.

—¿Qué es lo que sucede, señorita Blake? —preguntó, sorprendido.

—Aquí —ella le tendió el diario—. Lea esto, por favor.

Derek tomó el periódico, fijando su mirada en el punto que le señalaba la enguantada mano de la joven. Era una columna perdida en un rincón de la hoja, bajo breve titular que de inmediato atrajo su atención:

«La policía de Humberside, en busca del estrangulados»

Interesado, leyó la gacetilla, no demasiado clara ni precisa, pero que parecía encerrar en sí todo un oscuro presagio:

«Según informaciones de nuestra agencia, los asesinatos de Humberside parecen seguir envueltos en el mayor misterio. No obstante, el constable local. Alee Knox, afirma tener una pista que está siguiendo en estos momentos, y le permite abrigar esperanzas de un pronto éxito. Recuerden nuestros lectores que la última víctima del estrangulador fue una joven campesina, cuyo cadáver apareció en las propiedades de sir Tobías Curshing.»

—Los periódicos no han hablado demasiado de esos crímenes, si no me hubiese enterado de ellos —dijo Derek, pensativo—. Acostumbro a guardar recortes de periódicos de todos los sucesos criminales del país, y nada leí acerca de eso. Claro que pasé dos semanas en Francia recientemente, y entonces ya no tenía secretario

que se ocupase de esas cosas. Tal vez coincidieron le» hechos con esa ausencia mía... De todos modos, es significativa esta noticia, pese a su brevedad. No hay duda de que el asunto que nos lleva allí, debe estar relacionado con lo que acabamos de leer. La felicito por su agudeza al descubrir ese texto en el periódico, señorita Blake. Ahora, cuando menos, ya sabemos algo. Existe un estrangulador y más de una víctima sobre él. Sospecho que nos aguardan cosas muy interesantes en ese lugar...

Y se retrepó en su asiento, ensimismándose de nuevo en la lectura de los periódicos.

Susan le contempló atentamente mientras fingía leer, parapetada tras un desplegado ejemplar del Malí. Se dijo que nadie hubiera pensado que un hombre tan joven y tan atractivo, fuese detective privado. Para muchos, ése era un oficio que sólo practicaba gente, desagradable, desaseada y tosca, habitualmente de mediana edad, antiguos policías o fracasados estudiantes de alguna carrera nunca concluida. No podía decirse que Derek Dalby perteneciera a ninguna de esas especies. Era, además de joven y de agradables facciones, elegante y distinguido. Alto, esbelto, bien vestido, de rostro varonil, algo enjuto, ojos oscuros y profundos y cabellos castaños desordenados. Un hombre capaz de atraer a cualquier mujer. Pero parecía poco inclinado a admirar los encantos femeninos. Susan habíase ganado muchas veces las miradas embelesadas de los hombres, pero ni una sola vez había visto en los ojos de su jefe la menor admiración emotiva hacia ella por sus encantos físicos.

El tren se retrasó casi una hora, a causa de la abundancia de nieve helada en la vía férrea, y cuando arribó a la estación de Kingston, eran ya las ocho de la noche pasadas, y el frío era intensísimo en la ciudad portuaria de Humberside. Un viento húmedo, procedente del mar, impedía que se helase' Ía nieve e incluso la derretía paulatinamente, pero el suelo estaba embarrado y resbaladizo, y los soplos de viento eran glaciales.

Encontraron un carruaje capaz de conducirse en plena noche hasta ¡as cercanías de Long Riston. El cochero sabía dónde estaban las tierras de sir Tobías Curshing, aunque no pareció poner demasiado buena cara al conocer el destino de su viaje, pero las monedas que puso Dalby en su mano obraron el milagro de que, sólo en una hora, a través de la ventisca y !a nieve, les dejara justamente ante las puertas de una mansión cercada, con grandes puertas de hierro forjado, cuyo frondoso boscaje debía rodear la finca de tos Curshing.

Llamaron a la puerta, y un hombretón fornido, armado de una escopeta, acudió a atenderles. Evidentemente, esperaban su llegada, porque pese a su aire mal encarado, les abrió el portalón al conocer su nombre, y el cochero se apresuró a marcharse, a toda prisa, de

regreso a Kingston.

—Suban, señores — invitó el portero, señalando un carruaje de un solo caballo de tiro, que esperaba en un cobertizo inmediato—. Hay demasiada distancia desde aquí a la casa para recorrerla a pie, y menos en una noche tan inclemente como ésta.

Subieron al vehículo, sintiendo ambos no sólo el frío que atería sus miembros y calaba hasta sus huesos, sino también el hormigueo molesto de sus estómagos, ya demasiados hambrientos a causa de lo prolongado del viaje. Por fortuna, cuando el carruaje hubo recorrido cosa de dos millas de bosque espeso, y alcanzaron a ver las luces de la casa, allá en un altozano que dominaba las tierras cercadas, comprendieron que estaban llegando al fin de sus avatares.

Un mayordomo arrogante se hizo cargo de ellos apenas se detuvo el pequeño carruaje conducido por el portero de la finca ante el edificio isabelino que se alzaba ante ellos, sólido y magnifico, entregó sus equipajes a otro servidor, para que se lo llevara a sus habitaciones, y les hizo pasar a un salón de muros de madera, cálido y acogedor, donde ardía alegremente una chimenea repleta de leños encendidos. En una mesa, bien dispuesta, aguardaban platos, cubiertos, copas y una botella de vino, así como unas bandejas cubiertas por brillantes tapas de plata.

—Siéntense los señores y tomen un refrigerio —invitó el mayordomo—. Tienen reservada aquí una cena fría, pero también les serviré un caldo para que reaccionen tras el frío sufrido. Cuanto deseen, no tienen más que pedirlo. Avisaré al señor para que les atienda de inmediato. Pero antes deben reponer fuerzas, se lo ruego.

No se hicieron de rogar. Se acomodaron ambos a la mesa, tras ser librados de sus húmedas y heladas ropas de abrigo, y al amor de aquella lumbre iniciaron la cena, compuesta de exquisita carne de pavo con gelatina, ensalada y pudding, aparte el reconfortante caldo que les sirvió el mayordomo. El vino de la botella, un excelente tinto de reserva, acabó de levantar sus ánimos.

—Esto ya es distinto —sonrió Derek, mirando a su secretaria—. Seguro que se siente mejor.

—Infinitamente mejor —suspiró la joven—. ¿Observó las tierras de esta finca? Al menos deben formar un recinto de veinte millas cuadradas...

—Sí, es como un pequeño país cercado por los Curshing —asintió irónico el detective—. Me pregunto cuándo veremos a nuestro anfitrión...

—Lo tienen aquí, señor Dalby. Espero que la cena improvisada haya sido de su agrado. Su telegrama llegó muy tarde a causa de problemas en las líneas telegráficas de la región. No me dio tiempo a prepararles nada más.

La voz, potente y cordial, había brotado a espaldas de Derek, desde el umbral de la entrada a la salita. Susan podía ver perfectamente al hombre que hablaba, hacia el cual se volvió ahora Derek, incorporándose cortésmente.

Era un hombre joven, alto y bien parecido, muy rubio y de ojos azules, vestido sobriamente con un pantalón gris oscuro y un batín de seda granate. Sonreía con cierta tristeza al tenderles su mano, delgada y pálida.

—¿Sir Tobías? —preguntó Derek, más afirmando que interrogando, al tiempo de estrechar su mano.

—Así es —asintió el joven afablemente—. Usted imagino que es el señor Dalby, aunque le imaginaba de más edad y más..., más vulgar, quiero decir. Y la señorita...

—Blake. Susan Blake. Es mi secretaria. Eficiente como pocas.

—Y muy bella, a lo que veo —se mostró galante sir Tobías—. Bien venidos a mi casa, señores. Imaginen que es suya también. Pueden disponer de ella a su antojo durante todo el tiempo que estén aquí.

—Muy amable. Espero que haya acertado al confiar en nosotros.

—Estoy seguro de ello — suspiró el dueño de la casa, sentándose con ellos en la mesita. El mayordomo le puso una copa, y él se sirvió de la botella de vino, tras pedirles permiso a ellos. Tomó un pequeño sorbo y luego miró fijamente a sus visitantes—. Han hecho un pésimo viaje por mi culpa.

—No, por culpa suya, no. Por la nieve y el frío —sonrió Derek—. Pero ya pasó. Estamos aquí, sir Tobías. Espero que para serle útiles

—Dios lo quiera —los ojos claros del joven aristócrata vagaron angustiados por los muros de madera, salpicados de panoplias, trofeos de caza y cuadros al óleo típicamente británicos—. Ignoraba que Moira le hubiese telegrafiado. Me lo reveló esta tarde, al recibir también ella su telegrama.

—Supongo que no habría en ello nada censurable...

—No, claro que no. Tiene toda la razón de! mundo para sentir miedo. Le confieso, señor Dalby, que yo también lo tengo. Y mucho.

—Tener miedo no es ninguna señal de debilidad, sir Tobías. Todos lo hemos sentido alguna vez en nuestra vida. Y quien diga lo contrario, o miente o es muy poco humano.

—Y usted es muy comprensivo y alentador —sonrió penosamente sir Tobías Curshing—. Pero ¿qué diría si temiera que su propio hermano fuese un asesino... y que él mismo lo ignorase aun en el caso de serlo?

Derek cambió una veloz mirada con su secretaria, que permaneció inexpresiva. Tras una breve pausa, el detective aventuró con cautela:

—Esa es una sospecha terrible, sir Tobías. ¿Tiene usted un hermano?

—Sí. Hasper, el mayor de los dos. El es el auténtico dueño de todo esto, como mayorazgo de los Curshing. Así fue siempre a lo largo de la historia familiar, y así debe seguir siendo. Pero él no desea administrar esta finca, ni tan siquiera ser su dueño. Vive en un mundo distinto, idealizado, que tiene poco que ver con el que pisan sus pies cada día. Diríase que está a millones de millas de Curshing Manor. Y que no desea acercarse aquí para nada, siquiera sea mentalmente, en espíritu.

—¿Te ocurre algo? ¿Enfermo acaso? —sugirió Derek, intrigado.

—Si es enfermedad, el mal está aquí y no en otra parte —se tocó la cabeza, pensativo—. Pero según los médicos es una persona normal, no un loco ni-un maniático. Y sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué, sir Tobías? —preguntó suavemente Derek.

—Sin embargo, a veces no sé qué pensar. Es..., es como un niño. Y tiene ya treinta y dos años. El doctor Crabb, nuestro viejo médico de cabecera, sostiene que con eso no hace daño a nadie y que forma parte de su modo de ser y es mejor dejarle que haga su voluntad. Pero lo cierto es que... a veces resulta difícil convivir con él y aceptar su comportamiento ante la vida. Por si fuera poco, ocurrió lo del terrible accidente... y se quedó manco.

—¿Manco?

—De su mano derecha. La perdió íntegra. Seccionada por la muñeca, a causa de un hachazo accidental.

—Dios mío, qué horrible —gimió Susan, impresionada.

—Horrible, sí señorita Blake —asintió el aristócrata, mirando a la joven—. Fue un trance espantoso para todos... El era zurdo, pero eso no cambió lo atroz del suceso.

En ese momento, en alguna parte, comenzó a sonar un piano. Susan alzó la cabeza. Derek aguzó el oído. Alguien, con suma sensibilidad y dominio del teclado, interpretaba a Chopin delicadamente. El tecleo era mágico, casi alado.

—Hermosa pieza y soberbia interpretación —elogió Derek, gratamente impresionado—. ¿Acaso su prometida, la señorita Shayne...?

—No — negó roncamente sir Tobías—. Mi..., mi hermano.

—¿Cómo? ¿Que es su hermano el que está tocando ahora? ¿Él solo?

—Sí. Él solo, señor Dalby. Es un gran pianista, además de pintor aficionado muy notable... Ha nacido para el arte, eso es evidente. Y vive sólo para él.

—Pero..., pero están tocando a dos manos. Y usted me ha dicho que él..., él...

—Sé lo que he dicho —sonrió amargamente Curshing—. El perdió su mano derecha. Pero ahora..., ahora tiene otra mano. Esa es la

razón por la que está usted aquí.

*

Otra mano.

Es lo que había dicho sir Tobías Curshing. Pero Derek sabía que eso era imposible. Nadie que perdiera una mano podía tener otra en su lugar. La ciencia no había llegado a tanto, pese a estar tan cercanos ya a un nuevo siglo. El veinte llegaría sólo doce años más tarde. Pero la medicina y la cirugía no tenían aún medios para devolver a un ser humano un miembro mutilado. A menos que fuese una de esas horribles manos metálicas.. Pero esa clase de prótesis no pueden hacer que suene así un piano.

Sir Tobías apuró su copa de vino, con la mirada fija en la chimenea. Tras un largo silencio, Derek habló con calma:

—¿A qué se refería a.1 hablar de «otra mano», sir Tobías? Supongo que no a lo que estoy pensando...

El aristócrata le miró. Luego, afirmó despacio, con un destello en sus ojos.

—Me temo que esté pensando justamente la verdad —dijo.

—¡Pero eso no puede ser! —protestó el detective—. Una vez separada del brazo, su mano sería totalmente inútil, nadie podría volverla a unir a la muñeca...

—Hasta hoy, nadie lo logró, ciertamente. Yo mismo pensaba que todo eso era una locura, una idea demencial y absurda... hasta que vi injertada la mano... y vi mover sus dedos, recuperar la actividad poco a poco, tras semanas de inmovilidad total, con esa espantosa costura que rodea la muñeca de mi hermano...

--Cielos, eso revolucionaría la ciencia, la cirugía, la medicina... No puedo creerlo — rechazó Derek, asombrado.

—Algún día será normal que se hagan cosas así. Hoy, todavía no. Parece cosa de brujería, lo sé. Es..., es corno si esa novela de Mary Shelley, fuese una realidad, algo plausible...

—¿Frankenstein?

—Sí. Un monstruo creado a base de costuras, de miembros dispersos, unidos entre sí...

—¿Sugiere que su hermano... es un monstruo?

La música de Chopin continuaba arriba, dulce y melancólica, impregnada de todo romanticismo y belleza. A Derek le pareció imposible que ningún monstruo fuese tan sensitivo.

—No sé qué pensar.., —jadeó sir Tobías—, Para mí, sigue siendo mi querido hermano Hasper. El resta importancia a su nueva mano, dice que la ciencia siempre progresa, y que siempre habrá renovadores, gente que cambie el curso de la historia, que sea capaz

de llegar adonde nadie llegó antes, que siempre ha sido y será así.

—Su hermano tiene razón en eso. Pero su mano, vuelta a injertar... no sé... —meneó la cabeza—. Me resisto a creerlo, a imaginarlo siquiera.

—Es la pura verdad, pronto lo comprobará por sí mismo. Ya le oye tocar. Su mano derecha actúa perfectamente. No tiene dificultades en mover sus dedos, en hacerla actuar como si siempre hubiera sido suya...

—¿Cuánto tardaron en injertarle ese miembro, después de perderlo?

—Unas semanas. No pudo ser antes.

—¡Unas semanas! — se asombró Derek—, Pero... ¡pero eso no puede ser, sir Tobías! Un miembro humano, separado del resto del cuerpo, se pudre en pocas horas, y a la semana es un nauseabundo y putrefacto objeto imposible de soportar...

—Yo no dije que fuese su mano la que tiene ahora —rectificó suavemente Curshing.

Derek le contempló alucinado, tratando de pensar que aquel joven tan correcto y cortés no podía estar burlándose de él con una historia desquiciada.

—¿Qué ha querido decir con eso? — preguntó, tenso.

—La mano de Hasper se perdió para siempre. Cayó por el acantilado, sin duda, y nadie pudo encontrarla. Semanas más tarde, existía un donante y una persona capaz de intentar el trasplante de la mano, una mano ajena a Hasper, que podía incluso correr el peligro del rechazo, y descomponerse rápidamente, teniendo que ser de inmediato extirpada. Pero la increíble operación resultó. No hubo rechazo. Ahora, mi hermano tiene de nuevo dos manos. La suya... y la de otro hombre que nunca supimos quién fue. Pero que, evidentemente, murió el mismo día en que Hasper fue operado.

—¿Quién hizo esa operación?

—Un hombre extraño y único. El doctor Crabb, nuestro médico, dicen que es un loco y un brujo, un curandero maldito, acaso endemoniado. Pero él asegura ser médico y cirujano. Es extranjero y se llama o hace llamar doctor Volker Herzog. No sé si es prusiano, suizo o húngaro. El nunca dice nada de sí mismo.

—¡Vive cerca de aquí?

—Cerca, si. Junto al acantilado, en una casa solitaria. Ya le dije que es un hombre muy raro. Vive solo con un ayudante mudo, llamado Klaus. Allí fue operado una noche Hasper. El mismo exigió sufrir esa operación, y legalmente no me podía negar a ello, aunque como hermano confieso que temí lo peor. Luego, a medida que las cosas han ido bien... paradójicamente he empezado a sentirme todavía más inquieto, más preocupado.

—¿Por qué? Si su hermano recuperó esa diestra tan necesaria, ¿qué motivo existiría para preocuparse por nada. ¿El es feliz con su nueva mano?

—Sí, lo es. Mucho. Puede volver a tocar el piano y pintar, sus dos grandes aficiones, casi su fanatismo. Pero…

—Pero ¿qué, sir Tobías? Algo le atormenta. ¿No se sincerará conmigo?

—Está bien. Le seré sincero. Muy sincero —resopló Curshing, decidiéndose—. Hasta hoy, pensé que solamente yo era quien tenía miedo, aprensiones inconfesables. Por ese telegrama, he sabido que Moira también está asustada y piensa como yo. Ella, a quien tanto aprecia mi hermano Hasper; ella, que tanto se preocupó siempre por él y le cuidó durante su invalidez y después del trasplante… ahora está aterrorizada, lo mismo que yo.

—¿Por qué tienen miedo? ¿A qué, en concreto? ¿A… a esa mano que no es de Hasper Curshing?

—A esa mano, que cuando contemplamos moviéndose como propia de él, sabemos que perteneció a otro hombre, a alguien de quien nada sabemos, puesto que el doctor Herzog nos hizo prometer previamente que jamás preguntaríamos cosa alguna sobre el origen de ese miembro y la identidad de su donante. Pero hay algo más, señor Dalby. Algo que debo confesarle cuanto antes: tres personas han muerto estranguladas en esta región últimamente. Y, por desgracia, esos asesinatos se iniciaron cuando la mano de Hasper recuperó su total capacidad de movimientos…

CAPITULO III

Era un joven nervioso, excitable y evidentemente muy sensibilizado a todo. Algo más alto aún que su hermano Tobías, más fuerte físicamente, tan rubio como él, y con ojos algo más oscuros, aunque también azules, estaba iniciando otra pieza al piano cuando entraron en su alojamiento de Curshing Manor. No parecía tener treinta y dos años, sino cuatro o cinco menos, dando la impresión de ser de igual edad que Tobías. Su gesto, sin embargo, era más grave y sombrío que el de su hermano.

Cuando estrechó la mano de Derek y se inclinó ceremonioso ante Susan, ambos huéspedes no pudieron impedir una mirada disimulada a la muñeca del pianista. Descubrieron, en efecto, una costura circular, rodeando toda la muñeca, fea y rugosa, marcándose los puntos de sutura en todo su círculo. Susan, con un estremecimiento, advirtió que la mano postiza era algo mayor y más fuerte que la perteneciente a Hasper por naturaleza.

—Es un placer conocerles —dijo afablemente Hasper Curshing—. Mi hermano y mi futura cuñada Moira, ya me han hablado de que venían hoy unos amigos de Londres a pasar unos días con nosotros. Espero que su estancia aquí sea grata, pese al mal tiempo que nos acompaña por estas fechas.

—Así lo esperamos también nosotros, señor Curshing

—dijo Derek, cortés. Y se volvió a contemplar a Moira Shayne, la prometida de sir Tobías.

Era una joven encantadora, de gesto dulce e ingenuo, grandes ojos pardos y cabellos cobrizos, de reflejos casi rojos. Piel suave y pálida, cuerpo delicado y esbelto, y una gracia peculiar en sus movimientos. En sus pupilas se leía algo que muy bien podía ser miedo. Y Derek notó que sus manos temblaban ligeramente cuando él se inclinó ante ella.

—Estaba escuchando a Hasper tocar esa pieza —explicó la joven —. Me encanta Chopin.

—Y a mí —aseguró Derek suavemente—. Su futuro cufiado es un soberbio pianista por lo que he podido oír, señorita Shayne.

—Ya lo creo que lo es. Si se dedicase a ello profesionalmente, sería el mejor concertista de Inglaterra —aseguró ella.

—Gracias, Moira —sonrió el pianista, mirándola con simpatía—. También hay quien dice que si pintara en serio sería un artista famoso en poco tiempo. Pero no pretendo ser una cosa ni otra. Me gusta la música y me gusta la pintura, eso es todo. Me basta con disfrutar yo ante ello, sin vender mis sentimientos a los demás.

—Hasper es un hombre totalmente desinteresado por el dinero, y

carece de ambiciones materiales —suspiró Ía muchacha—. ¿No resulta admirable una persona así en estos tiempos?

—Admirable y sorprendente —afirmó Derek—. Aunque supongo que ese es un lujo que sólo la gente que nace con la vida resuelta puede permitirse, señorita Shayne.

—Touché —rió irónicamente Hasper—, El señor Dalby da a entender muy claramente que si yo no fuese un Curshing, difícilmente podría seguir siendo un aficionado en todo, sin pretender obtener dinero de mis habilidades, ¿no es eso?

—Más o menos —admitió el detective.

—Señor Dalby, el dinero no lo es todo. Creo que ni siquiera es nada —objetó el pianista—. Ya ve, yo mismo soy el mayor de la familia, y, por tanto, quien tiene derecho como tal a ser el dueño de los bienes de los Curshing. Sin embargo, nada más lejos de mi mente. No deseo gobernar esta finca ni la fortuna de la familia. Para todo eso vale mucho más mi hermano Tobías, y él es el encargado de ello, sin tener que rendir cuentas a nadie.

—Mi hermano tiene razón —apoyó ahora Tobías Curshing—. Pero eso ya lo sabía usted, señor Dalby, ¿no es cierto?

—Desde luego. Su hermano me habló de su total indiferencia a las cuestiones de heredero de la familia —sonrió Derek, dirigiéndose a Hasper Curshing—. Debo admitir que es usted un caso excepcional entre los humanos. Vivir sólo por el arte y las cosas espirituales de este mundo, debe ser un hecho tan raro como envidiable.

—Bueno, ahora que conociste a mis amigos, Hasper, te dejamos que sigas tocando, si te place, hasta la hora de dormir. Y o les mostraré la casa a nuestros invitados.

—Claro, claro —sonrió ahora Hasper—, Ve tú con ellos, Moira, deja de aburrirte haciendo compañía a una personas tan melancólica como yo.

—Sabes que es un placer acompañarte, Hasper —dijo ella, besándole la mejilla dulcemente—. Pero de todos modos, cumpliré mis deberes de anfitriona, como futura señora Curshing, acompañando a los amigos de Tobías unos momentos.

Salieron todos de la estancia de la planta alta donde siguieron desgranándose en el teclado las notas delicadas y hermosas del gran músico polaco. Los cuatro caminaron en silencio por un largo corredor flanqueado de panoplias, armaduras medievales y tapices suntuosos y antiguos sobre los muros de piedra de la mansión.

Finalmente, deteniéndose ante una vidriera emplomada, al fondo del pasillo, fue Tobías quien rompió el silencio del cuarteto:

—¿Qué piensa de mi hermano, señor Dalby? —preguntó, casi brusco.

—No sé... —Derek se encogió de hombros, pensativo—. Diría que

es un gran muchacho, idealista y romántico.

—Lo es —aprobó vivamente Moira.

Derek la miró, muy fijo. Y su réplica fue fulminante.

—Entonces…, ¿por qué tiene miedo de él, señorita Shayne?

La joven se estremeció. Las lámparas del techo, con sus numerosas velas, daban un aura rojiza a su cabello.

—No tengo miedo de él —rectificó tristemente—, sino… de su mano.

Otro silencio más pesado siguió al anterior. Tobías Curshing suspiró, sentándose en el alféizar de la ventana de vidrios multicolores y emplomados.

—Moira tiene una extraña idea —apuntó con voz ronca—. Teme que la mano injertada actúe independientemente de la propia voluntad de Hasper.

Susan no pudo evitar un escalofrío. Ante el mutismo de su jefe, aventuró:

—¿Se refiere a que una mano, una simple mano, desprendida de un brazo y cosida a otro, puede actuar por sí sola?

—Sí —gimió Moira Shayne—. Eso es lo que me aterra.

—Pero… no tiene mucho sentido —rechazó Derek—. Es absurdo, señorita Shayne.

—También es absurdo imaginar que una mano ajena puede ser cosida a un brazo mutilado, nervio a nervio, vena a vena, fibra a fibra —replicó Tobías fríamente—. Y usted sabe ahora que es cierto.

—Es cierto —aceptó Derek de mala gana—. Dejemos eso ahora, sir Tobías. Usted habló de asesinatos. Y de que comenzaron con ese injerto humano…

—Comenzaron en realidad con el momento en que la mano de Hasper se normalizó en su actividad y fue capaz de tener actividad total —rectificó sir Tobías—. Hasta entonces, nada había sucedido en Humberside que pudiera hacer suponer tal cúmulo de horrores como los que estamos viviendo.

—Hábleme de esos crímenes, se lo ruego. Leí algo en un diario, pero no mucho. Se refería a una chica, una campesina estrangulada en su propiedad, sir Tobías…

—Molly Coleman —dijo rápido el joven, cambiando una mirada con su novia.

—Oh, sí, Molly… Pobre chica —añadió ésta, entornando los ojos —. Trabajaba cerca de aquí. Traía habitualmente cosas para vender. Ya sabe, huevos, leche, gallinas, verduras y cosas así… Ella fue la tercera víctima. Antes de matar a Molly, el estrangulador asesinó a otras dos personas, un hombre y una mujer. Uno fue el cartero, Owen McGregor, el primero de todos. La segunda víctima, la señora Bentley. Pobre señora Bentley… Venía a hacer faenas aquí en sus ratos libres y

cuidaba de un par de niños en Long Riston. Era una buena mujer… Como todos los demás, apareció sin vida, con el cuello roto tras un estrangulamiento brutal, en el bosque situado al este de la casa, ya casi rozando las cercas que caen próximas al camino del acantilado…

—Comprendo. ¿Cómo fueron hallados esos cuerpos?

—Todos al amanecer. Los mataron de noche, sin duda alguna. Eran gente que viajaba frecuentemente por la campiña, sin problemas. Todos los conocían. La señora Bentley con sus tareas, Molly con sus productos de ¡as granjas vecinas, el señor McGregor con sus cartas… El asesino lo sabía. Les acechó en el camino del límite de nuestra propiedad, y allí los mató.

—¿Por qué sospecha de su hermano? —fe espetó bruscamente Derek.

Sir Tobías se sobresaltó. Miró alarmado al detective. Moira le tomó una mano.

—Bueno, expresado así, suena bastante mal… —se quejó el anfitrión.

—Pero es la cruda realidad, amigo mío —suspiró apaciblemente Derek Dalby—. Por muchos eufemismos que se le dé a la cuestión, es esa, simple y llanamente expresada.

—Moira matizó mejor que yo sus sospechas. Es… es a esa mano a lo que tememos y de lo que sospechamos.

—¿Ajena a la voluntad de su hermano Hasper?

—Por completo, sí.

—Una mano no puede pensar por sí misma, sir Tobías —cortó Derek, seco.

—No estoy muy seguro. Hay algo extraño, oscuro… yo diría que maligno, en esa maldita mano que el doctor Herzog le injertó en mala hora… A veces, cuando toca el piano o cuando pinta un cuadro… —vaciló, se detuvo, como si temiera ser tomado por loco o por maniático, y tras una indecisión le dijo al detective—: Será mejor que venga conmigo ahora. Le mostraré algo que explicará más claramente que ninguna otra cosa lo que quiero decir, señor Dalby…

Echó a andar hacia el otro extremo del corredor, seguido por Moira y por los dos invitados. Llegaron ante una puerta que el joven abrió con una llave que extrajo de su bolsillo. Les hizo entrar, tras encender una mecha de gas que desparramó una claridad azulada por la estancia.

Había allí numerosos lienzos sin terminar, caballetes, pinturas y toda clase de útiles de pintor. Un lienzo estaba cubierto por una tela, y otros varios vueltos de cara a la pared. Derek observó que los que colgaban de los muros eran óleos y acuarelas de gran luminosidad, con vistas de un acantilado profundo, de turbulento oleaje y salvaje belleza, bosques frondosos, alumbrados por un tibio sol otoñal, o

paisajes nevados de gran plasticidad.

—Así pintaba mi hermano antes de sufrir la mutilación de su mano. ¿Quiere ver lo que pinta ahora? Véalo, se lo ruego... y tal vez me comprenda algo mejor.

Bruscamente, arrancó el lienzo que tapaba uno de los cuadros en su caballete, y luego volvió uno de los bastidores con lienzo de te apoyados de cara al muró. Derek y su secretaria contemplaron, asombrados, dos escenas muy diferentes a todas las demás plasmadas por el pincel de Hasper Curshing. El detective oyó un gemido apagado de su secretaria, e incluso captó un escalofrío de horror.

Realmente, pensó el joven investigador privado, había motivo para ello. Eran dos cuadros horripilantes. En uno de ellos, una mujer aparecía sobre un fondo de rojo sangriento, descabezada, con su cabeza en una mano, chorreando sangre, mientras el cuerpo era devorado por una especie de horrendas llagas que eran visibles a través de desgarros de ropas. Aquel cuadro parecía despedir una purulencia casi tangible, como capaz de emitir un olor fétido desde la dimensión del lienzo.

El segundo cuadro era aún más espeluznante. En él, un hombre flaco, lívido, de faz cadavérica, ojos sumidos y boca babeante, alargaba una mano crispada, como pidiendo una limosna siniestra a les que contemplasen el óleo. Lo peor de todo era, precisamente, «a mano. Espantosa, deforme, cubierta de pus y de llagas hediondas, que daban un aire repulsivo a sus dedos devorados por aquel mal infecto.

—Parece..., parece una mano leprosa musitó Susan Blake, impresionada.

-—Dios mío... —susurró Moira, repentinamente pálida, como demudada—. *Leprosa*...

Y antes de que nadie pudiera evitarlo, vaciló, desplomándose pesadamente en tierra, a pies de su prometido.

*

Susan Blake acudió a la puerta, recelosa, al oír la suave -llamada con los nudillos, al otro lado de la hoja de madera. Se pegó a ésta sin atreverse a descorrer el pestillo interior.

—¿Quién llama? —preguntó en un susurro.

—Soy yo, señorita Blake, no tema —respondió la inconfundible voz de su jefe—. Si está visible, le ruego que abra, por favor.

—Sí, un momento —rogó ella, apresurándose a cubrir su semidesnudez con una amplia bata de abrigo, antes de ir a abrir la puerta. Derek entró, tras mirar a uno y otro lado del corredor, sin ver más figuras de aspecto humano que las metálicas armaduras haciendo guardia en los recodos del pasillo. Su comentario al cerrar ella fue

irónico—: Si me ve alguien, pensara que somos algo más que jefe y secretaria, ¿ha pensado en ello?

—Mi reputación me tiene sin cuidado —rió ella—. Nunca me preocupó lo que los demás pensaran de mí. ¿Ocurre algo, señor Dalby?

—Mire, Susan, será mejor que nos tratemos con menos etiquetas por ahora. Aquí estarna; como amigos oficiales de sir Tobías. De modo que obremos como tales, Susan.

—De acuerdo, Derek —aceptó ella, con normalidad pasmosa—. Insisto: ¿pasa algo? No creo que haya venido a verme a mí alcoba para pedirme un trato más familiar.

—Acertó, como siempre. Quería hablarle de la lepra.

—Un hermoso tema de conversación —le miró ella aprensiva, tras su sarcástico comentario.

—Sé que no es agradable, pero sí necesario. ¿Vio Ia reacción de Moira Shayne al mencionar usted ese mal?

—Claro. Fue como si la fulminaran. Y su novio se quedó pálido como un muerto. La verdad es que Hasper Curshing hace cada cuadrito ahora...

—No me refería a los cuadros, sino a la enfermedad real, la lepra.

—Todavía peor. ¿Qué tiene eso que ver con lo que ocurre aquí?

—Tal vez mucho. Me llevé a la cama, para leer antes de dormir, un volumen de la biblioteca de esta casa que me interesó. Es la historia del condado de Humberside. Algo muy curioso. Habla de los Curshing y de otras familias, entre ella los Balderstone.

—¿Y quiénes son esos?

—Casualmente, vecinos de esta finca. Se extiende su propiedad al lado, también muy cerca de los acantilados de Bridlington Bay. Aún viven allí según ese libro. Y son tradicionales rivales en cacerías, concursos y otras cosas, de la familia Curshing, desde hace siglos.

—¿Y...?

—Los Balderstone sufren una enfermedad hereditaria que cubre su piel de lacras extrañas. No está probado que proceda del mal del Medioevo, la temible lepra. Pero existen muchas probabilidades de que así sea.

—Dios mío... —los ojos de Susan le miraron, alarmados—. Puede haber lepra aquí...

—Sí, es una posibilidad bastante desagradable, Susan. Fui a beber agua, y hablé con el mayordomo, preguntándole por los Balderstone. No me gustó su respuesta.

—¿Por qué? —se interesó ella.

—Me contó que ahora los Balderstone son sólo dos miembros. Eran tres hace poco, pero su primo Jeremy parece ser que falleció hace poco.

—¿Sólo parece ser? —dudó ella—. Creí que uno se muere o no se muere.

—Es un caso especial. Desapareció en el acantilado una tarde, pocas semanas después de sufrir Hasper Curshing la mutilación de su mano. Sólo hallaron su gorro y su bastón entre las rocas, en el punto más abrupto de la costa. Se le dio por desaparecido, sin más.

-—Aquí suceden cosas muy raras.

—Mucho. Casualmente, apenas desaparecido Balderstone en el acantilado, el doctor Herzog pareció tener su misterioso y anónimo donante, muerto por supuesto, para obtener una mano «fresca» y poderla injertar a Hasper en esa prodigiosa intervención quirúrgica, sin precedente alguno en la historia de la ciencia médica.

—Dios mío... ¿Está pensando que...?

—No pienso nada, Susan. Pero empieza a inquietarme todo esto. Si esa horrible sospecha fuese cierta, Hasper Curshing tendría Ia mano de un enemigo de la familia, posiblemente enfermo de lepra, por añadidura. Pero eso Curshing lo ignoraría totalmente. Y, sin embargo, empieza a pintar cuadros tan horribles, con gente purulenta y llena de llagas... Es como si algo en él, en su inspiración, le impulsara a buscar esos repulsivos temas.

—¿Su inspiración... o su mano, Derek? —apuntó ella, con un temblor de espanto en su voz, habitualmente serena y firme.

—Dios, no quiero pensar en eso —rechazó él con viveza—. Sería como admitir la atroz posibilidad que sugerían su hermano y su futura cuñada... No, esa no puede ser la realidad. De todos modos, creo que mañana haré una visita a alguien en esta región. Y usted otra, si no le importa.

—¿Sí? ¿A quién? —se preocupó la joven, mirándole fijamente, aprensiva.

—Yo, a la familia Balderstone, los presuntos leprosos. Usted, al doctor Herzog...

En ese momento, en alguna parte de la propiedad, allá fuera, se percibió un grito largo, agudo, espantoso, en el que parecía condensarse todo él miedo y toda la angustia del mundo.

CAPITULO IV

Las luces bailoteaban en la noche de modo espectral, arrancando destellos cegadores de la blanca nieve helada que festoneaba los árboles y la espesura de las propiedades de los Curshing. ,

Los empleados de la casa deambulaban de un lado a otro, buscando el motivo de aquel espantoso alarido que había conmocionado a todos sus ocupantes con la terrible nota de horror que se percibiera en él. Todos sabían que el grito no había podido sonar lejos de la casa, porque el viento soplaba ahora en dirección contraria, eso significaba que la persona que chilló lo tuvo que hacer muy próximo al edificio principal. Sin embargo, por el momento la búsqueda era infructuosa.

El hombre que les franqueara el paso al llegar a la finca dirigía ahora las operaciones exploratorias. Derek sabía que se llamaba Archie Prescott y era, a la vez, portero y vigilante de la propiedad, para evitar la entrada de cazadores furtivos, entre otras muchas atribuciones. El hombretón empuñaba su escopeta, como de costumbre, y parecía conocer el terreno como la palma de su mano. Pese al grosor de la nieve, se movía por ella como pez en el agua.

Los Curshing y sus invitados formaban parte también de la expedición nocturna, organizada tras oírse aquel horrible grito en plena noche. Sir Tobías parecía muy preocupado e inquieto por todo ello.

—La noche que mataron a Owen McGregor también se oyó un grito parecido —explicaba a Derek, mientras se movían ambos por entre los arbustos y ramajes, a la luz de las lámparas que bailoteaban en la oscuridad hostil de la noche invernal-—. En cambio, nadie pudo oír los gritos de las infortunadas señoras Bentley y de Molly, tal vez porque el asesino les sorprendió demasiado lejos de la casa para ser escuchadas. ¿Comprende ahora mi temor ante ese grito, señor Dalby?

—Sí, sir Tobías —asintió el detective—. Yo también diría que era la voz de una persona que se ve enfrentada a un terrible riesgo de muerte o cosa parecida... Pero dígame, ¿dónde está su hermano? No le veo formar parte del grupo...

—Oh, sí, Hasper... —el tono de sir Tobías se hizo evasivo, con evidente disgusto—. No quise molestarle. Llamé a su puerta, pero al no responderme, preferí dejarle dormir. Se acostó tarde, y toma sedantes para su descanso desde que le ocurrió lo de la mano...

—Entiendo —dijo Derek, seco. Pero era obvio que no compartía los miramientos de su anfitrión al respecto. Cuando pudo reunirse con Susan, que formaba parte del grupo junto a Moira Shayne, la dijo entre dientes—: Es muy posible que Hasper Curshing no estuviera en

su alcoba cuando sonó el grito. Pero eso, su hermano no ha querido comprobarlo. Parece tener miedo a estar demasiado seguro de algo...

Susan asintió, entendiendo lo que su jefe quería decirle. La búsqueda prosiguió durante casi media hora más, hasta que, finalmente, el vozarrón de Prescott, el portero y guarda de la finca, atrajo a todos hacia un determinado punto:

—¡Aquí, aquí, pronto! ¡Vengan todos, ya lo encontré!

Se reunieron en escasos instantes en el lugar donde brillaba la lámpara del fornido empleado de los Curshing. Este se hallaba detenido en un claro del bosque, sus piernas hundidas en la nieve hasta más arriba de las rodillas, inclinado sobre algo que alumbraba con su lámpara. Se aproximaron todos a él, temiendo encontrarse con un nuevo desastre.

Y así fue.

Moira lanzó un grito ronco, aferrándose a Susan con frenesí, mientras sus ojos dilatados se fijaban en el cuerpo humano medio sepultado por la nieve recién caída. La joven secretaria consoló a su compañera lo mejor posible, contemplando también lo sucedido.

Derek Dalby y su anfitrión se inclinaron sobre el cuerpo tendido que descubriera Archie Prescott. El aristócrata exhaló un quejido amargo.

—Dios mío, Dios mío, no es posible...

Derek preguntó, tras mirar al suelo:

—¿Quién es? ¿Le conocía usted?

—Sí, s... —jadeó roncamente sir Tobías—. Claro que le conocía... Es... es el doctor Crabb, nuestro viejo médico de cabecera de toda la vida... Un buen hombre y un gran amigo, señor Dalby.

Derek no dijo nada, limitándose a contemplar el cadáver medio enterrado en la nieve, con sus ojos vidriosos y desorbitados, su boca convulsa, con la lengua fuera, y las huellas de una feroz estrangulación en el cuello del infeliz. Unas manos crueles y poderosas le habían estrangulado rompiéndole el cuello con una presión demoledora..

*

El constable Alee Knox, de Kingston, era un hombre gordo, algo fofo, rubicundo, de nariz colorada, no se sabía si por efectos del frío o del alcohol, y su-imaginación no parecía ser gran cosa, a juicio del detective.

—De modo que es usted detective privado, pero Hasper Curshing no lo sabe —dijo al fin, mirando con cara de pocos amigos a Derek.

—Así es, constable —suspiró éste—. Es lo que trato de explicarle desde un principio.

—Lo sé, lo sé —le interrumpió altanero el policía—, Pero me gusta dejar bien sentados todos los puntos. ¿Y la señorita es secretaria o novia suya?

—Secretaria, por el amor de Dios. Se lo he dicho varias veces.

—Bueno, no es frecuente que las mujeres ocupen esos puestos de trabajo — receló el constable.

—En Londres, algunas empiezan a hacerlo —cortó secamente ella —. Y supongo que eso será solo el principio.

—No entiendo en qué va a ir a parar el mundo —se quejó Knox—. ¡Mujeres secretarias y todo! Esto del feminismo se está poniendo insoportable ya... Sufragio, empleos de hombre... Bueno, dejemos eso. Cuando escucharon el grito, ¿estaban todos los habitantes de Curshing Manor dentro de la casa?

—Que yo sepa, sí. Al menos, vi de inmediato a sir Tobías y a su prometida, a la servidumbre... Pero a Hasper Curshing no logré verlo. Su hermano me dijo que dormía profundamente, encerrado en su dormitorio.

—Sí, sí, entiendo —Derek se dijo si realmente entendería algo aquel policía provinciano, tan estrecho de miras. Luego de anotar algo volvió a mirar receloso a la joven pareja—, ¿Y usted estaba a tan altas horas de la noche con su secretaria, señor Dalby?

—Sí —resopló Derek—, Teníamos asuntos importantes que despachar. ¿Algo que objetar por su parte?

—No, no, nada. Era sólo una observación... —se encogió de hombros y meneó la cabeza—. Cada vez estoy más seguro. Esto es cosa de Richard Coxhall.

—¿De quién? —se interesó Derek, perplejo.

—Richard Coxhall. ¿Es que no le han hablado de ello acaso? Se trata de un indeseable, un merodeador que escapó de la cárcel local cuando nos disponíamos a trasladarle a la cárcel de Leeds, Según el doctor Crabb, el pobre, difunto doctor Crabb, se trataba de un enfermo mental agresivo y peligroso. Yo creo que es simplemente un delincuente peligroso y nada más. Desde que huyó, no hemos logrado dar con él, pero se han cometido ya cuatro crímenes. Significativo, ¿no?

—¿Todos se cometieron estando libre ese tal Coxhall, constable?

—Así es, señor Dalby. Se le arrestó acusado de un homicidio en Scunthorpe. Pudimos capturarle y tenerlo unos pocos días encerrado, pero el muy ladino burló a mis hombres, hirió a uno en la cabeza y escapó. Seguro que es el autor de todos estos crímenes, maldito sea.

Derek y Susan se miraron un instante, dubitativos. El constable se alejó para seguir interrogando a la gente de la casa. La mañana era fría y nebulosa, no nevaba, y el blanco manto se había endurecido con la helada de la noche, formando una costra resbaladiza sobre la

campiña. El paisaje no podía resultar así más triste ni depresivo.

Un carruaje de caballos se había llevado el cuerpo del infortunado y viejo médico rural, rumbo al depósito de la cercana población. Pero algo quedaba flotando en el ambiente, oprimiendo a todos con su presencia. Tal vez era el siniestro hálito de la muerte y del miedo, planeando sobre los presentes como un invisible pajarraco.

La comida en Curshing Manor fue fría y triste. Nadie despegó apenas los labios, salvo para triviales comentarios. Derek ni siquiera se atrevió a preguntar a sir Tobías o a su prometida por el estado de ánimo de Hasper, a quien no había visto en toda la mañana, ni había escuchado de nuevo el teclado del piano en el piso alto.

Tras el almuerzo, Derek tomó por el brazo a su secretaria y salió con ella al porche de la casa, contemplando el blanco paisaje que les rodeaba.

—He preguntado a Prescott —dijo—. La vivienda del doctor Herzog queda no lejos de la propiedad de los Balderstone. De modo que iremos juntos hasta allá, para ir cada uno a hacer una visita, como convinimos anoche.

—¿Sigue pensando en eso?

—Ahora más que nunca. ¿Teme ir a visitar a Herzog, acaso?

—No, no. Sería mucho peor visitar a los Balderstone —se estremeció ella—. Me aterra el solo nombre de la lepra. , —Y a mí —rió Derek—, Pero hay que correr el riesgo. Dicen que no es tan contagioso como se dijo en la antigüedad, no tema. Además, ni siquiera podemos estar seguros de que sea efectivamente lepra lo que padecen los Balderstone.

—¿Cómo llegaremos hasta allí, Derek?

—No se preocupe. Prescott nos pone a nuestra disposición el carruaje. A las dos vendrá con él hasta aquí. Tendremos toda la tarde para entrevistarnos con esas personas. Luego la recogeré a la puerta de la vivienda del doctor Herzog, para dirigimos de vuelta aquí. ¿Conforme?

—Claro, jefe —asintió ella, pensativa—. Ojalá encontremos algo positivo en todo esto...

—Ojalá, amiga mía —suspiró Derek Dalby, pensativo—. Ojalá...

*

Susan estudió aprensivamente al hombre contrahecho que le abría la puerta. El resplandor de la luz diurna en la nieve que alfombraba los alrededores de la solitaria vivienda del doctor Herzog, no lejos del acantilado donde chillaban agriamente las gaviotas, intentando hacerse oír sobre el rugido sordo del oleaje estrellándose en los riscos, dio al rostro y ojillos del hombre una expresión maligna y realzó su

natural fealdad.

Si aquel era Klaus, el sirviente del doctor Volker Herzog, ciertamente que, además de mudo — cosa que reveló de inmediato en un gorgoteo inarticulado de salutación— era horriblemente feo y desagradable, aparte la contracción de su cuerpo, torcido hacia el lado izquierdo, lo cual le hizo renquear al pisar el umbral de la puerta, quitando montones de nieve a patadas.

—Buenas tardes —saludó Susan Blake, lamentando haber' ido sola hasta allí, sin la compañía de su jefe, que ya estaba de camino hacia Balderstone Mews, la cerca propiedad de la familia rival de los Curshing—. Soy Susan Blake y deseo ver al doctor Herzog. Es muy importante.

Y le tendió una tarjeta de visita de su jefe, donde se había escrito a mano el nombre de ella, añadiendo entre paréntesis: «secretaria».

El mudo miró la tarjeta, la miró a ella y tartajeó algo, retirándose al interior de la casa, con aquel desagradable arrastrar de su pierna izquierda y la inclinación de su cuerpo en el mismo sentido. Susan esperó ante la puerta abierta durante unos instantes bastante largos. Por fin, se oyeron pisadas renqueantes, y el feo individuo apareció nuevamente, indicándole con gestos y gruñidos que entrase. Susan lo hizo con cierta aprensión. Después de todo, la solitaria casa, de aspecto abandonado, muros oscuros y húmedos, desconchados en parte, y herméticos postigos cerrando sus ventanales, no era de lo más acogedor que pudiera pedirse.

Una vez en el vestíbulo, su impresión de desagrado aumentó. No es que hubiera suciedad y telarañas, como había temido encontrar, pero si una atmósfera pesada y sombría que parecía gravitar sobre paredes y muebles de la vieja casona aislada. En una noche de temporal, con el rumor de fondo del oleaje, y dentro de aquellos muros, debía de pasarse bastante mal, pensó la joven.

El mobiliario era vetusto y pesado, de colores muy oscuros, y las paredes necesitaban un revoque urgente, aunque no hubiera mugre en ellas. Pese a ser pleno día aún vio brillar luces de candelabros y quinqués dentro de la casona.

—Pase, pase, señorita Blake —invitó una voz grave, profunda, desde alguna parte de la tétrica casa, como si surgiera de ultratumba —. Estoy esperándola…

Hablaba un inglés áspero, con leve acento extranjero. La voz era tan sonora como si sus ecos rebotaran en los muros lúgubremente. Se aproximó a una puerta por la que brotaba luz, al fondo de! vestíbulo, junto a una amplia escalera que subía a la planta alta. Asomó a una biblioteca donde un hombre permanecía erguido ante una chimenea encendida, medio alumbrado por los leños llameantes y por un quinqué situado sobre una repisa cercana. Susan se sintió

impresionada.

El doctor Herzog era un hombre inquietante. Muy alto, fornido, de negra levita y negro pantalón que terminaba en unas botas de igual color. Tenía melena leonina, rizosa y oscura, salpicada de blancas hebras canosas en patillas y aladares en un amplio lunar sobre su frente. Los ojos eran grandes y oscuros, bajo unas frondosas cejas hirsutas, destacando su brillo en una faz cuadrangular, de facciones duras y como talladas a cincel sobre un trozo de granito oscuro.

Se inclinó cortésmente ante ella, y le mostró una confortable butaca cerca del fuego. En su mano, grande y velluda, de recios dedos, brilló una piedra montada sobre oro. Una piedra irisada que despidió reflejos inciertos. Era un ópalo.

Susan se acomodó en ella, y el hombretón lo hizo enfrente, no sin antes ofrecerle una copa de oporto, que ella aceptó con una sonrisa. El también se sirvió, tomando un sorbo antes de hablar con calma;

—Bien, señorita Blake. Veo que es secretaria de un detective privado de Londres, un caballero llamado Derek Dalby. ¿Podrá decirme a qué debo el honor de esta visita? Recibo a muy poca gente, pero no quise desairar a una dama, por eso la hice pasar. Habrá visto que Klaus, mi criado, no puede hablar. Es un compañero algo aburrido, pero sumamente discreto —concluyó diciendo con una sonrisa.

El comentario final le pareció a Susan algo siniestro, pero se mantuvo serena, pese a la taladrante mirada de los oscuros ojos de su interlocutor, y luego habló con tono reposado y suave, sin siquiera un pestañeo:

—Sabía ya lo de su criado, de modo que no me ha sorprendido nada.

—Ah... ¿Cuántas cosas más sabía de antemano sobre mí antes de venir a mi casa, señorita Blake?

—Bastantes. Mi jefe y yo nos alojamos en Curshing Manor, ¿comprende ahora?

—Claro, claro —los ojos del extranjero centellearon, fríos y penetrantes—, ¿Ellos les han contado todo?

—Todo —asintió significativa la joven.

—Ya. Entonces, ¿a qué ha venido? ¿Qué más puedo contarle yo que ya no sepa?

—Muchas cosas todavía. Por ejemplo, quién fue el donante de la mano de Hasper Curshing, doctor Herzog.

Los ojos del médico se entornaron. Una expresión sombría invadió su rostro. Susan notó que crispaba una mano sobre el brazo de su asiento.

—Ah, eso... —se encogió de hombros—. Lo siento, señorita Blake. Un médico tiene sus secretos profesionales, debería saber también

eso.

—Sé de algunos médicos que terminaron en la prisión de Newgate o en la horca, por traficar con cadáveres o pagar ladrones de tumbas, doctor Herzog —replicó valientemente

la joven.

—Yo no hago tal cosa —cortó él, incisivo—. Nunca toqué un cadáver con fines científicos. ¿De dónde ha sacado tal cosa?

—Es una suposición, doctor. De alguna parte salió una mano para injertar a Hasper Curshing. Tenía que ser una mano cortada a alguien que acabase de morir.

—O que aún no hubiese muerto — rectificó suavemente el médico.

—En cuyo caso sería un crimen. Es otra posibilidad en la que también habíamos pensado mi jefe y yo. Ninguna de ellas es agradable.

—Lo siento. No tengo ninguna culpa de lo que ustedes piensen. Ese asunto seguirá siendo algo estrictamente confidencial.

—Doctor, hay quien piensa que esa mano puede tener voluntad propia…, acaso la del donante que hizo posible ese injerto.

—¡Qué tontería! —rió duramente, sin humor alguno—. Eso es un puro disparate. No me dirá que lo han creído…

—En principio, no. Pero Hasper ha cambiado desde ese trasplante. Pinta de otro modo, cosas raras u horribles… que parecen aludir a una enfermedad muy antigua y cruel: la lepra.

—Lepra… —Susan se preguntó si era imaginación suya, o el corpachón del doctor Herzog se había estremecido, y el brillo de sus negras pupilas se hizo más frío—. No sé de qué me habla. La lepra sigue existiendo, pero es una dolencia virtualmente inexistente en Inglaterra.

—Dicen que los Balderstone la sufren —sugirió ella, rápida.

De nuevo la contracción de pupilas de su interlocutor, que la contempló nada amistosamente. Su delgada boca se apretó casi con crueldad. Susan se dijo que no quisiera por nada del mundo tener a aquel hombre como enemigo.

—Eso es falso —rechazó—. Conozco a los Balderstone. Su enfermedad es puramente epidérmica, una dolencia de la piel, parecida a las herpes, eso es todo. La gente fantasea mucho. Es posible que en el pasado, alguien de esa familia muriera leproso, como dice el vulgo, pero de eso hace ya demasiados años para pensar en ello.

—¿No es hereditaria la lepra?

—No se sabe aún mucho sobre ella. Puede ser hereditaria, como puede ser contagiosa. Hay diversas opiniones médicas en ambos sentidos. Yo nunca hice demasiado caso de todo eso. ¿Por qué habría de preocuparme? Soy cirujano, no médico general. Pregunte sobre

todo eso al doctor Crabb Es un viejo doctor rural bastante chapado a la antigua, pero sin duda podrá ilustrarla sobre la lepra mejor que yo, señorita Blake.

—Ah, ¿es que no lo sabe? —preguntó ingenuamente la joven.

—¿Saber qué? —las frondosas cejas se enarcaron malhumoradas.

—El doctor Silas Crabb apareció muerto anoche en las tierras de los Curshing. Le habían estrangulado. Las manos que le mataron rompieron también su cuello...

—Dios mío... —al parecer, eso impresionó al doctor Herzog, que se puso en pie casi con violencia, derribando su copa vacía sobre la alfombra. La recogió, dando unos paseos bruscos por la estancia. Su sombra se proyectó extrañamente contra el muro—. El doctor asesinado... No tenía la menor idea... ¿Se sabe algo de su asesino?

—Lo mismo que del que mató a McGregor, a la señora Bentley y a la joven Molly Coleman, doctor —declaró mansamente Susan sin quitarle la mirada de encima—. Nada de nada. El constable sospecha de un homicida evadido, un tal Richard Coxhall...

—El constable es un cretino, un ser sin la menor inteligencia.

—De modo que usted no cree que el culpable sea ese merodeador...

—No he dicho eso. Sólo que no me fío de la eficacia del constable de policía

—Tampoco mi jefe, por lo que he observado —sonrió ella suavemente.

—Ya veo. Su jefe ha venido aquí por esos crímenes, ¿no? —preguntó bruscamente Herzog, volviéndose a ella.

—Así es.

—Contratado por sir Tobías.

—Sí.

—¿Qué es lo que quiere saber sir Tobías contratando a un detective privado de Londres?

—Podría decirle igual que usted: secreto profesional. Pero le diré algo más. Es posible que sir Tobías piense que su hermano Hasper es otro muy distinto desde que se le injertó la mano..., porque entonces comenzaron los asesinatos.

—Eso es ridículo, señorita Blake —replicó acremente el doctor Herzog.

—Quizá. Pero es también una posibilidad como cualquier otra. Como podría serlo que Jeremy Balderstone, desaparecido en el acantilado... hubiera sido el donante anónimo, voluntariamente o no.

Se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. El médico se acercó ahora a ella con expresión glacial y cuerpo tenso. Por un momento, Susan tuvo miedo de él.

—Márchese, señorita Blake —ordenó fríamente el dueño de la casa

—. Márchese ahora mismo. Nuestra entrevista ha terminado.

—Doctor Herzog, ¿tanto le ha afectado mi comentario?

—He dicho que se vaya. Klaus la acompañará a la salida. Buenas tardes.

Susan apretó les labias, decidida, luchando contra su propio temor. Echó a andar resuelta hacia la puerta. Al pasar junto a Volker Herzog, aún tuvo valor para insinuar, sin mirarle siquiera:

—Me pregunto si no se ha refugiado en Inglaterra con sus experimentos quirúrgicos, porque fue expulsado de su país y tal vez despojado de su título por las autoridades, a causa de alguna otra cuestión médica tan inquietante y peligrosa como la que ha llevado a cabo aquí recientemente, doctor Herzog… Perdón por las molestias, y buenas tardes.

Cuando caminaba hacia Ia puerta de salida, precedida por el deforme Klaus, un portazo seco cerró la entrada a la biblioteca. Evidentemente, el doctor Herzog, si es que aún era médico oficial, estaba furioso con ella.

—No se puede decir que haya tenido demasiada suerte en mi visita —murmuró para á, una vez pisó la blanca nieve, fuera de la casa, y Klaus hubo cerrado la puerta, tras .dirigirle una larga y enigmática mirada que no parecía particularmente irritada ni hostil. Caminó unos pasos sobre la crujiente capa blanca, añadiendo—: Esperemos que el jefe haya tenido más fortuna…

CAPITULO V

Balderstone Mews era una casa muy distinta a Curshing Manor.

Destartalada y vieja, se alzaba en una zona inmediata al acantilado, rodeada la casa por grandes yermos de peñascos y brazos, sacudidos por un viento glacial y húmedo, que vertía cargado con todo el salitre del mar. Las gaviotas sobrevolaban de vez en cuando las tierras, emitiendo chillidos largos y lastimeros. Tal vez había sido en tiempos una hermosa mansión, pero las huellas del abandono y de la vejez habían hecho clara mella en el edificio y sus contornos. Un jardín que alguna vez fue amplio y hermoso, ahora ofrecía abundancia de plantas silvestres, hierbajos y la acción del salitre sobre los tallos y la tierra, sin que nadie se hubiera preocupado de combatir todo eso.

Un muro de la casa aparecía totalmente cubierto de plantas trepadoras. El resto mostraba señales de podredumbre en el artesonado de madera y desconchado en el material. Algunos postigos, ni siquiera tenían sus dos bisagras, y colgaban a medias, chirriando lúgubremente a impulsos del viento marino.

Le abrió la puerta una vieja criada desdentada y canosa, con manchas de té y de grasa en su delantal. Al darle la tarjeta, ella pasó al interior, invitándole luego a entrar. Se

encontró en un salón destartalado y frío, con un hombre más bien pequeño, rechoncho y seboso, de cabeza totalmente calva y ojillos pálidos y fríos. Largas patillas rojizas parecían colgar de sus mejillas lastimosamente. Le tendió una mano pequeña, gordezuela y fofa, que estaba extrañamente fría.

—Usted dirá, señor Dalby —se expresó—. Soy Abner Balderstone, el mayor de los hermanos. ¿A qué debo el honor de su visita, siendo usted un detective de Londres?

—Estoy aquí investigando unos asesinatos —explicó Derek, ambiguamente—. Creo que sabrá a lo que me refiero...

—Claro, claro. ¿Quién no lo sabe? Anoche mismo creo que mataron al pobre doctor Crabb, me lo ha contado Butcher, el nuevo cartero... Y también ha sido en la finca de los Curshing, ¿no es cierto? —completó, mirándole con expresión malévola.

—Así es. Estoy haciendo unas preguntas a los vecinos de esta comarca respecto a esos crímenes. ¿Qué cree usted que está ocurriendo realmente?

—Uno no puede acusar impunemente a nadie, pero tengo una idea muy concreta sobre todo eso, señor Dalby.

—Vamos, vamos, esta no es una encuesta oficial —sonrió Dalby, invitador—. Lo que usted me diga, no saldrá de mí en absoluto, se lo

garantizo, señor Balderstone.

—No sé si fiarme de usted, pero no le diré nada nuevo, aunque afirmo que la culpa de esos crímenes horribles hay que buscarla en Curshing Manor, señor Dalby.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es obvio, ¿no? Todos han muerto en tierras de los Curshing. Curioso, ¿no le parece? Nada más fácil para uno de ellos que matar a sus víctimas y ocultarse de nuevo en la casa.

—¿Quién, a juicio suyo? ¿Sir Tobías o Hasper?

—Sir Tobías —sostuvo con rara firmeza el mayor de los Balderstone.

Derek le contempló con cierta sorpresa. Luego, eligió cuidadosamente sus palabras para responder a Ía acusación fría y deliberada del otro:

—¿No simpatiza usted con sir Tobías?

—No simpatizo con ningún Curshing —fue tajante Balderstone—. Son odiosos. Nos llevamos mal desde hace muchas generaciones. Ellos nos arruinaron en el pasado. En un tiempo, ésta fue una casa próspera, hermosa y rica. Ya ve lo que queda de ese antiguo esplendor abandono, miseria... y deudas, señor Dalby. Todo ello se lo debemos a los malditos Curshing. Son una familia maligna, créame.

—Me dijeron que Hasper Curshing quedó manco un día...

—Oh, por supuesto. Pero no !e dirían cómo.

—Un accidente, creo...

—¿Accidente? —rió despectivo Abner Balderstone—. Eso dijeron a todos, sí. ˆ o sé la verdad, porque un hermano mío fue testigo de todo. Mienten los Curshing. Esconden sus propias culpas. Hasper y su hermano peleaban por algo cerca del acantilado. Hasper tomó un hacha para golpear a sir Tobías. Este se la arrebató, luchó por apartarle, amenazándole con el hacha, ésta se le fue... y cortó de un limpio tajo la mano a su hermano mayor. Así fue como sucedió, señor Dalby, digan ellos lo que digan.

—¿Quién fue el testigo? ¿Su hermano Austin?

—No. Mi hermano Jeremy, el menor, —dijo sordamente Abner—, Ahora... él está muerto, en el fondo del mar, tras haber sido arrojado desde lo alto del acantilado.

—Creí que sólo se le daba por desaparecido, señor Balderstone...

—¿Desaparecido? Claro. ¡Muerto, asesinado! Ese maldito sir Tobías le mató para que no dijera la verdad de lo que vio a nadie. Lo sé, no pueden engañarme.

Derek optó por enfocar otra espinosa cuestión con brusquedad, para observar la reacción de aquel hombre devorado por el resentimiento y el odio.

—Hay quien rumorea, por ahí que la mano injertada a Hasper

hace un tiempo, es la mano de un leproso...

Fue como clavarle una afilada aguja en un punto sensible. Abner pegó un brusco respingo, palideció intensamente y le contempló con ojos estupefactos. Sus rojas patillas parecieron despegarse de su fofa piel, a causa de esa repentina palidez.

—¿Qué... qué es lo que ha dicho? —jadeó, confuso.

—Sólo es una habladuría, creo —suspiró Derek, calmoso—. Pero me impresionó. Dijeron que la mano de Hasper, la que Se injertaron recientemente, influía sobre los cuadros que ahora pinta. Y hay leprosos en ellos, hay manos y cuerpos con horribles llagas purulentas, señor Balderstone...

—Creo saber adónde quiere ir a parar, señor Dalby —b voz de su interlocutor se tomó ahora ronca, desabrida. Los ojos estaban turbios y miraban casi con perversidad al detective—. Le han hablado de los Balderstone como de una familia leprosa... ¡y usted sugiere que la mano que lleva Has-per ahora... es la mano de mi hermano Jeremy! ¿Es eso lo que ha deducido de esos chismorreos?

—Bueno, podría ser una posibilidad. Alguien tuvo que donar su mano, de grado o por fuerza, para que esa fantástica operación fuese posible...

—Y ha supuesto que es la mano de mi querido hermano Jeremy... —asomaron lágrimas a los ojos de Balderstone—, Dios mío, si eso fuera cierto... ¡mataría a sir Tobías con mis propias manos, y cortaría las dos de Hasper sin escrúpulo alguno, malditos sean todos ellos! Pero no puedo admitir tanta maldad, tanta infamia... Seguro que le han dicho también que nosotros, los Balderstone, somos una familia de leprosos, ¿no?

—Bueno, nunca hago caso a comadreos y chismes... —arguyó Derek, apático.

—Le mintieron. Nunca hemos tenido esa horrible enfermedad, se lo aseguro. La gente es malvada cuando se inventa bulos así. Todos nuestros males se reducen a esto, simplemente, señor Dalby.

Se remangó un brazo, mostrando unas grandes manchas rojizas y oscuras, salpicando su piel por todas partes. Algunas de esas manchas eran realmente grandes y feas.

—No soy médico, señor Balderstone —dijo prudentemente Derek, mirando con aprensión aquellos estigmas epidérmicos—. ¿Qué es, exactamente?

—Una enfermedad de la piel, difícil de curar. Es poco agradable de ver y muy molesta, pero eso es todo. Le aseguro que es inofensiva y no se contagia ni remotamente, aunque sí se hereda. Esa es toda la dolencia que padecemos en la familia.

—Pero en el pasado sí hubo un Balderstone que murió de lepra, ¿no es cierto?

—Hemos de remontamos a dos siglos atrás para eso —habló Abner, irritado—. Uno de la familia viajó por Europa y se contagió del mal en un convento que servía de lazareto a leprosos. El pobre murió víctima de ese horrible mal, pero fue el único caso existente. De ahí viene la leyenda negra de los Balderstone.

—Comprendo —suspiró Derek, asintiendo—. Perdóneme si le he molestado con tan ingrato tema, pero quiero conocer a fondo a los vecinos de esta región, antes de intentar descubrir al culpable de esos crímenes.

—Un momento. Usted es detective privado y viene desde Londres a este apartado rincón olvidado de Dios. ¿Por qué lo hace? Alguien le paga, sin duda, para estas molestias. Me gustaría saber quién es...

—Forma parte de nuestro código no revelar el nombre de nuestros clientes, señor Balderstone —sonrió el detective cortésmente, tratando de evadirse a la cuestión.

—Espere, espere. Hay en todo esto algo que no me gusta.

Poca gente en esta comarca puede permitirse el lujo de contratar a un detective londinense, seguramente caro en sus servicios. De ser la policía, hubiesen venido agentes de Scotland Yard, no un investigador particular. De modo que sólo quedan unos posibles clientes lo bastante ricos como para permitirse tal cosa: ¿los Curshing!

—Creo que ya no tenemos nada más de que hablar, señor Balderstone —insistió Derek, con firmeza—. Como le dije, nunca revelo a nadie el nombre de mi cliente.

—¡Es sir Tobías! —bramó de pronto Abner—, ¡El le contrató, maldita sea! ¡Y usted ha venido aquí, abusando de mi buena fe, para sonsacarme y burlarse de mí!

—Le aseguro, señor Balderstone, que nunca he pretendido...

—¡Fuera! — rugió, iracundo, el dueño de la casa—, ¡Fuera de aquí, maldito sabueso entrometido! ¡Salga de inmediato o le volaré la cabeza de un tiro!

Y se precipitó hacia una panoplia donde había dos escopetas de caza cruzadas. Derek, presuroso, salió de la casa, mientras dentro de ella bramaba furioso el mayor de los Balderstone.

Cruzaba el viejo jardín abandonado, cuando un siseo atrajo su atención. Giró la cabeza. Un hombre asomaba por una rendija de las enredaderas que cubrían un lado de la casa. Tras una indecisión, Derek fue en ese sentido. Cuando estuvo junto al verde y frondoso muro de hiedra, el hombre oculto se dejó ver. Tenía notable parecido con Abner, pero era más delgado y tenía cabello canoso, algo rojizo también. Su rostro mofletudo reflejaba una expresión apacible y calmosa, muy lejos del resentimiento agresivo de Abner.

—Soy Austin Balderstone, señor —susurró—. He oído su charla con mi hermano a través de esa ventana —señaló una casi oculta por

la hiedra.

—¿Y bien? —demandó Derek, curioso.

—No forme mala impresión de Abner. Es así. Violento, hosco, desabrido. Pero no es mala persona, se lo aseguro.

—Lo cierto es que he tenido que salir por pies o me hubiera disparado con una escopeta de caza...

—No, no lo haría nunca. Son prontos suyos que se le pasan de inmediato —sonrió el hombre apacible—. Está lleno de odio, de rencor hacia los Curshing.

—Sí, ya lo he notado —Derek le examinó, atento—. .¿Usted no?

—No, por Dios, yo no —suspiró el otro—. No odio a nadie. Nuestras familias fueron siempre enemigas, y ambas nos hicimos malas faenas unos a otros. Pienso que sir Tobías no es tan malvado como él imagina, e incluso sería fácil hacer las paces con él, pero mi hermano jamás consentiría tal cosa.

—¿Y de Hasper qué piensa?

—No sé si será bueno o malo. Carece de carácter, a mi juicio. Sólo piensa en sus pinturas y su música, no tiene ambiciones ni condiciones para regir sus propiedades. Por eso se las cede a su hermano Tobías para que las dirija y administre. Aunque mi hermano asegure que es porque sir Tobías tiene amedrentado y sometido a Hasper, yo no lo creo. También dice que esa jovencita, Moira Shayne, se va a casar con Tobías por miedo.

—¿Miedo a qué?

—A la soledad, supongo —Austin se encogió de hombros—, Son cosas que dice Abner. Desde que murieron sus padres, la señorita Shayne debe sentirse muy sola. Por eso vive en Curshing Manor hasta el día de la boda. Los Shayne y los Curshing siempre fueron buenos amigos.

—¿No queda nadie de los Shayne?

—Nadie en absoluto. El padre murió lejos de Inglaterra, en las Colonias, luchando por el Imperio en la India. Su madre, enfermiza siempre, falleció de tristeza al perderle a

él. Dejaron a la pequeña y bonita Moira muy sola,, y los Curshing la adoptaron. De eso hará casi dos años. Luego, ella y sir Tobías se comprometieron. Si llega a hablar de ello con mi hermano, Abner le hubiera jurado que a quien ella amaba realmente era a Jeremy, nuestro desdichado hermano, y sólo se ha comprometido con sir Tobías cuando él desapareció aquella noche en el acantilado...

—¿Y eso es cierto? ¿Eran muy amigos Jeremy y la señorita Shayne?

—Bueno, eso s —tuvo que admitir Austin Balderstone con un suspiro—. Muy amigos. Y Jeremy creo que estaba enamorándose de ella, la verdad. Pero de eso a imaginar el melodrama que Abner se

inventó, media un abismo. Por esa razón cree que sir Tobías asesinó a Jeremy. Pero lo cierto, señor Dalby, es que mi pobre hermano estaba últimamente muy afectado… y creo saber la razón.

—¿Qué razón?

—La lepra.

Derek se estremeció. Miró fijamente a su interlocutor. El amable Austin Balderstone asintió con la cabeza, tristemente. Sin necesidad de preguntarle nada, prosiguió:

—Sí, amigo mío. La lepra. Se le escapó sin darse cuenta apenas. Un día la mencionó en mi presencia. Y dijo que era preferible morir a sufrir algo tan horrendo… Le vi irse arriba, muy descompuesto. Cierto que él tenía esas manchas que todos tenemos en la piel, pero debió pensar que era realmente lepra o consultó con alguien, no sé, ya que había estado unos días ausente de Kingston. Lo cierto es que justamente a la noche siguiente… Jeremy desapareció en el acantilado sin dejar rastro…

—¿Suicidio? ¿Sugiere usted eso, señor Balderstone?

—No sé qué pensar. Pero nunca olvidaré cómo mencionó él la frase «es preferible morir a sufrir algo tan espantoso…» Parecía desesperado, al borde de la locura.

—Entiendo —Derek se mordió el labio inferior—, ¿Seguro que no es lepra lo que ustedes sufren, señor Balderstone?

—No. Seguro, no —dijo cansadamente el hombre—. Yo no estoy seguro de nada, se lo confieso… Ahora, debe irse. Ya hablaremos otro día, señor Dalby…

Derek afirmó, empezando a alejarse de la sombría mansión y de los dos extraños hermanos. Uno, feroz, violento hasta lo agresivo, lleno de odio. El otro, manso, apacible, inseguro y temeroso. Y un tercer hermano desaparecido, que amó a la misma mujer a quien amaba sir Tobías, que pensó que su dolencia familiar era lepra… y que ahora estaba desaparecido… o muerto en el fondo de las turbulentas aguas del acantilado.

Regresó con el carruaje hacia la solitaria vivienda del doctor Herzog, en cuyas proximidades, bajo el plomizo cielo de la tarde, recogió a Susan, de vuelta ya de su visita al extraño médico europeo. Se contaron mutuamente sus impresiones y cuanto habían hablado con sus visitados, de regreso ya a Curshing Manor.

Cuando llegaban cerca de la mansión de los Curshing, comenzó a nevar otra vez, con copos lentos y gruesos como bolitas de algodón. El frío era intenso y el aire amainaba ligeramente.

Derek contempló ceñudo el triste paisaje blanco, que daba a la mansión de la familia Curshing un aire más triste y severo, tal vez por contraste con la albura de la nieve y con la soledad de los helados parajes circundantes.

—Es como si hubiera algo siniestro en el ambiente —murmuró el detective, pensativo—. Algo que no es posible ver pero que está ahí, acechándonos, vigilante...

Susan se estremeció, contemplando las blancas arboledas y las extensiones nevadas. Asintió con la cabeza, pegándose más a su compañero en el pescante.

—Sí, jefe —dijo—. Sentí eso mismo en casa del doctor

Herzog. Me pregunto qué horribles fuerzas del mal se han desencadenado aquí... y por qué.

Hodges, el mayordomo, les recibió en la puerta, informándoles de que sir Tobías y su prometida estaban ausentes, ya que se habían dirigido al pueblo para testificar ante el *coroner* que llevaba la encuesta de los asesinatos.

—Sólo está el seños Hasper arriba, pintando —declaró tras recoger sus ropas de abrigo—. ¿Desean que les sirva un té caliente en el salón, señor Dalby?

—Sí, por favor. Nos irá bien, porque venimos ateridos, Hodges.

El mayordomo asintió, alejándose con su eterno aire solemne y calmoso. Ambos jóvenes frotaron sus manos ante el fuego de la chimenea.

—Hemos tenido mala suerte, Susan —se quejó el detective—. Hubieran sido unas bonitas vacaciones, si el tiempo nos hubiera acompañado.

—¿Vacaciones con asesinatos y manos leprosas? —gimió ella—. No, gracias. Prefiero el trabajo en la oficina de Londres, Derek. Si hubiera visto a! doctor Herzog... si es que sigue siendo doctor realmente. Es un hombre inquietante, ominoso.

—Pues no conoció usted a Abner Balderstone —rió Derek de buen humor—. Era una especie de basilisco en constante explosión. No sé cómo un hombre puede llegar a odiar tanto y tan fuertemente a los demás.

—¿Le vio sus llagas?

—Sí. Y algunas en las manos de su hermano Austin. Juraría que son algo parecido a las herpes, un mal de la piel, desagradable pero nada grave. Por lo que tengo oído de la lepra, es algo muy diferente. Y progresa con cierta rapidez, hasta hacerse presente de modo atroz, devorando la carne implacablemente.

—Dios mío... —se estremeció ella—. Alguna vez la llamaron «azote de Dios», ¿no es cierto?

—Oh, sí, en la Edad Media. También a la peste. Entonces la superstición era muy grande y esos males aterraban a las gentes, porque podían exterminar pueblos enteros, arrasar países y continentes. Hoy en día, esos males no existen, o están limitados a unos pocos países y a unos lazaretos donde la gente ve pudrirse su

carne día tras día, sin remedio alguno, hasta convertirse en auténticos monstruos que se ocultan bajo caperuzas o máscaras...

Hodges sirvió el té con pastas, y los dos jóvenes entraron en calor más rápidamente gracias a la infusión humeante. Al final, Derek bostezó, desperezándose.

—Creo que me echaré un rato hasta la hora de la cena, cuando regresen sir Tobías y su prometida —dijo—. ¿Usted no va a reposar también? Anoche apenas si descansamos, con lo del pobre doctor Crabb...

—Es posible que suba luego, ya veré —suspiró Susan, contemplando las llamas del hogar, con la taza de té en sus manos—. Feliz siesta, jefe.

Derek sonrió, ausentándose. Susan permaneció quieta unos momentos, apuró luego su té y tomó un libro para leer. Lo dejó dos páginas después, miró el reloj de la sala, que marcaba ya las seis y media, y vio a Hodges encender las luces de la casa.

Inesperadamente, Susan se encaminó al piso alto. Pero no se dirigió a su habitación para descansar un rato, sino que fue hacia la sala del piano. Entró en ella, contemplando el largo mueble color caoba. Alzó la tapa y puso sus dedos en el teclado. Tocó unas fáciles notas de Para Elisa, de Beethoven. Se quedó quieta, suspirando, y volvió a repetir las mismas notas.

—Deliciosa y simple música, ¿verdad? —murmuró la voz—. Sentida y emotiva como una palabra de amor.

Se volvió con sobresalto. Hasper Curshing, con un guardapolvo manchado de pintura, un pincel en su mano y una sonrisa amable en su rostro, estaba erguido en la puerta de la sala, contemplándola absorto. La joven asintió.

—Sí, muy bella y muy fácil de tocar —sonrió—. Es todo lo que sé.

—Estaba seguro de que era usted —-señaló Hasper, agitando su mano provista del pincel. Susan observó que era la derecha. La injertada. Y que Ia llevaba enguantada de negro—. Moira no soporta a Beethoven. Su ídolo es Schuman.

—Comprendo. ¿Le he importunado en su trabajo acaso?

—No, por Dios, al contrario. Me gustaría oír música mientras pinto. ¿Quiere venir a ver mi trabajo?

—Claro —asintió Susan—, Me encantará verle pintar, seguro.

Le siguió hasta el estudio. Los cuadros horribles que viera la noche antes estaban todos tapados. Pero había comenzado otro, cuyo tema angustió a Susan apenas vislumbró el lienzo. Los trazos de pincel, sobre el boceto, le habían dado ya cierta forma a algunos detalles. La suficiente para sentir inquietud.

Hasper había pintado una mano, una crispada mano que se extendía como en demanda de ayuda hacia el espectador, desde los

pliegues de un hábito o estameña. Un rostro imposible de ver bajo una caperuza' monacal, y un muro blanco de fondo, era todo lo que rodeaba a aquella mano crispada, abierta, casi trémula, pese a su inmovilidad en el lienzo.

La mano era lo más terrible. Estaba cubierta de costras, de llagas horrendas, y los dedos rezumaban pus y sangre, en infecta mescolanza. Faltaban trozos de carne en el índice y el pulgar, y otros en la palma de la mano, como si un invisible ser hubiera comenzado a devorarla.

—Es... es horrible... — gimió Susan, dando un paso atrás.

—¿Esa mano? —Hasper asintió, pensativo—. Lo sé. Es la mano de un enfermo, un intocable, un apestado que pide limosna, que pide caridad, que pide amor en vano...

—Más parece lepra que peste —aventuró Susan, angustiada, apartando sus ojos del cuadro.

—¿Lepra ha dicho? —tos ojos de Hasper se fijaron en ella con repentino interés—, ¿Por qué mencionó precisamente esa enfermedad, señorita Blake?

—Oh, por nada... Fue una idea que me asaltó al ver esa mano. Es tan real, tan repulsiva...

—Usted no la estrecharía nunca, ¿verdad? —sonrió tristemente Hasper—. Nunca tocaría una mano así, ni siquiera por caridad cristiana, ¿no es cierto, señorita Blake?

—Yo... yo no sé... —le miró, inquieta, viendo una extraña luz en los ojos de él.

—Pues vea, señorita Blake... —jadeó Hasper Curshing roncamente, avanzando hacia ella y soltando su pincel con rabia—. Vea esto y dígame... Dígame por qué no me tocaría a mí... ¿Siente asco, horror...? ¿No puede sentir lástima o compasión?

Se acababa de arrancar de un tirón su guante negro de la mano derecha, Susan le miró como fascinada, sin entender. Había visto aquella mano la noche antes, con su nada agradable costurón en la muñeca, pero eso era todo. A menos que la obsesión enfermiza de Hasper le hiciera ver su mano tan nauseabunda como en aquel cuadro...

Un grito ronco escapó de labios de Susan.

No. No todo era obsesión. Ahora lo sabía. Ahora podía ver la mano de Hasper Curshing, tal como era en la actualidad...

¡Unas feas, repugnantes manchas oscuras, unas repentinas costras sanguinolentas, rodeadas de una purulencia sospechosa, comenzaban a formarse en sus dedos y dorso de la mano!

—Cielos... —casi sollozó, retrocediendo aterrada—.

¿Qué... qué es eso? ¿Qué le sucede en la mano, señor Curshing?

—Acaso no lo está viendo? —susurró con voz quebrada, convulsa

—. Es la lepra, señorita Blake... ¡La lepra que invade mi mano rápidamente! Ha empezado a ocurrir. Lo que me temía, lo que esta maldita manó mía me había advertido...

Algo espantoso comenzaba a suceder ante los ojos aterrados de Susan Blake.

Su pánico creció de grado, y quiso gritar sin que respondiera su garganta.

CAPITULO VI

Algo le estaba sucediendo a Hasper.

O, mejor dicho, a su mano.

Estaba convulsionándose, como si se rebelara contra su dueño y cobrase una vida propia y espasmódica. Aquellos dedos salpicados por costras purulentas, se crispaban y agitaban en el aire, como queriendo aferrar a Susan, hincarse en ella. El hermano de sir Tobías forcejeaba, contemplaba con ojos dilatados por el terror aquella mano rebelde, y se esforzaba con su zurda por sujetar y retener a la derecha. Era una pugna exasperada, increíble, que tenía algo de alucinante. Como dos seres chocando, luchando entre sí a vida o muerte. Pero lo cierto es que allí sólo había un hombre, forcejeando consigo mismo, como si dentro de él hubiera dos seres distintos y antagónicos. Dos seres enfrentados en una sorda batalla de la que nadie sabía cuál podía ser el triunfador...

—Dios mío... —jadeó Susan, aterrada, retrocediendo y derribando un par de cuadros en su movimiento—. No, no es posible...

—Mi mano... —susurró con voz casi inhumana Hasper Curshing—. ¡Mi mano...! ¡No, no, no quiero que lo haga otra vez! ¡No, nunca más, nunca...! Apártese..., váyase de aquí, señorita... No quiero hacerlo, pero mi mano... ¡mi mano es más fuerte que yo!

Y parecía cierto, aterradoramente cierto.

Aquella mano estigmatizada con la sombra de la que tal vez fuese una horrenda plaga medieval, una peste de siniestrada aureola, estaba venciendo en la pugna, acercándose inexorable a Susan, como si pretendiera aferrar su cuello, estrujar su garganta en feroz presión asesina...

Como en una visión escalofriante, de pesadilla, la joven secretaria imaginó todo el horror de unos seres atacados por una mano homicida, por unos dedos que se negaban a seguir la voluntad de su dueño, que eran independientes de éste, que tenían vida propia, y que terminaron siendo brutalmente asesinados en la nieve, en frías y lúgubres noches de terror y de muerte.

El sudor empapaba el rostro y cabellos de Hasper, la crispación de su faz reflejaba angustia, desesperación. En su forcejeo, tropezó con el caballete donde realizaba su cuadro último, incompleto, y cayó de rodillas, con una sorda imprecación. Los dedos engarfiados de la siniestra mano derecha se clavaron en el lienzo, rasgándolo, manchándose de pintura roja. Roja como la sangre...

Susan logró al fin exhalar un grito agudo, y corrió hacia la salida del estudio, precipitándose en dirección a la habitación donde descansaba su jefe.

—¡Dios, socorro, socorro! —gritaba, exasperada—.- ¡Ayúdeme, Derek, por el amor de Dios! ¡Ese hombre..., Ia mano...! ¡Está intentando asesinarme...!

La puerta del cuarto de Derek Dalby se abrió violentamente. El joven surgió en mangas de camisa, despeinado y pálido. Su mano derecha empuñaba el revólver. Susan se precipitó contra él, acogiéndose entre sus brazos y torso, mientras estallaba en histéricos sollozos.

—Susan, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó Derek, con voz ronca.

—Hasper... Hasper Cursהing... Es horrible... —gimió ella, exhausta, aferrándole con energía—. Su... su mano... iba a estrangularme...

Derek masculló algo, mientras veía una rápida sombra perderse por la escalera, a todo correr. Trató de darle el alto:

—¡Quieto, Hasper! ¡No escape! ¡Quieto o disparo!

No consiguió nada. El hermano de sir Tobías se perdió escaleras abajo, y al mismo tiempo, Derek captó el ruido de la puerta al abrirse, y rumor de voces. Hubo luego un golpeteo sordo, el choque de algo pesado al caer a tierra, y por fin gritos asustados de alguien, y una carrera en el exterior.

—Cálmese —confortó Derek a su secretaria—. Hasper ha escapado... Vamos a ver qué sucede...

La llevó consigo, escaleras abajo. En el vestíbulo encontraron a Moira Shayne atendiendo a sir Tobías, que yacía en el suelo, junto a la puerta de entrada a la casa, asistido también por Hodges el mayordomo. Había sangre en el rostro del aristócrata, y Moira parecía terriblemente sorprendida y asustada.

—¿Qué ha pasado? — preguntó Derek, sereno.

La joven se volvió a mirarle, demudada. Señaló a su prometido.

—Fue Hasper... Salió como enloquecido cuando íbamos a entrar. Tobías quiso detenerle. Le golpeó con violencia y escapó... ¿Qué es lo que sucede aquí, señor Dalby?

—Me temo que el estado de Hasper Curshing ha hecho crisis —dictaminó sombríamente Derek—. Al parecer, intentó estrangular a mi secretaria hace unos momentos...

Tobías Curshing se incorporó rápidamente, enjugándose la herida de la frente con un pañuelo. Miró asustado a sus invitados.

—¿Eso es cierto, señorita Blake? —quiso saber.

—Así es. Totalmente cierto —afirmó ella, aún impresionada—. Su mano... parecía tener realmente vida propia. Se agitaba, forcejeaba, daba la impresión de moverse contra la voluntad de él...

—Dios mío —sir Tobías cambió una mirada despavorida con su novia-—. Moira, hay que darle alcance, evitar que huya... Sólo Dios sabe lo que es capaz de hacer en esas condiciones...

—Lo sabía —gimió ella—. Lo sabía, Toby… Tenía que ocurrir así alguna vez…

—Va a oscurecer totalmente en pocos minutos —murmuró sir Tobías preocupado—. Hemos de darnos prisa, señor Dalby. ¿Quiere acompañarme en su busca?

—Claro. Iremos con algunos hombres, por si acaso —asintió Derek, ceñudo—. Las mujeres se quedarán aquí, y que no se abra a nadie esta puerta, sin comprobar antes que somos nosotros, ¿ha comprendido, Hodges?

—Sí, señor. Cuidaré de las señoritas, no se preocupen.

En pocos minutos, sir Tobías reunió a su guardián y portero de la finca y a dos trabajadores más de sus tierras, y todos ellos armados con escopetas de caza se encaminaron a través de la nieve, portando lámparas, en pos del rastro dejado por las pisadas de Hasper Curshing en el suelo blanco. El dueño de la casa avisó previamente a todos ellos:

—Que nadie dispare a herir. Estamos buscando a mi hermano que está enfermo, eso es todo. Pero si opone resistencia, no duden en golpearle e incluso en herirle superficialmente si no hay otro remedio. Será sólo por su bien. Usted, Prescott, dígale a su esposa que se acerque al pueblo en busca del constable, y le informe de lo sucedido. Eso es todo.

Se inició la cacería de Hasper Curshing a través de la noche y de la nieve. El frío era intensísimo y los copos caían muy lentamente, dificultando el seguimiento de las huellas dejadas por el fugitivo en el esponjoso suelo. De todos modos, les fue posible seguirlas sin demasiadas dificultades, portando lámparas de aceite o velas protegidas por faroles de vidrio.

—Me temo… me temo que se dirige al acantilado… —susurró sir Tobías en cierto momento, volviendo su rostro ensombrecido hacia el detective.

Este asintió, pensativo, escudriñando la negra noche, más allá de las luces y del fulgor de la nieve herida por ellas. Los gritos de las gaviotas sonaban ya no muy lejanos, confundiéndose con el bramido sordo del oleaje rompiendo en las rocas del litoral.

—Sir Tobías —preguntó roncamente—. ¿Es cierto que usted, involuntariamente, cercenó con un hacha la mano derecha de su hermano junto al acantilado?

Al resplandor amarillento de las luces, el rostro de sir Tobías se demudó terriblemente. Sus ojos se tomaron opacos y tragó saliva. Las lámparas prestaban a toda la escena un aire fantasmagórico en la gélida noche, rodeados de tinieblas donde tal vez en estos momentos, un hombre que era incapaz de controlar una de sus manos, acechaba a una de sus posibles víctimas.

—Ha hablado con los Balderstone, ¿verdad? Con el viejo Abner, sobre todo... —habló amargamente, inclinando la cabeza.

—De modo que es cierto...

—Sí. Pero fue él mismo, Hasper, quien tuvo la culpa de todo. Siempre fue caprichoso, torpe, sólo hábil con un piano y unos pinceles... Peleamos por una tontería. Estaba histérico. Quiso atacarme con un hacha. Me defendí, quise desarmarle... y el hacha, no sé aún cómo... cayó sobre su brazo. Así ocurrió, no lo niego.

—Lo imaginaba. ¿El no le guardó rencor?

—No. No lo ha parecido nunca, cuando menos. Pero ahora... no sé. Cuando supo que recuperaba su mano se sintió feliz. Sin embargo, tal vez todo esto haya venido a empeorar las cosas y, como nos temíamos, esa maldita mano que le trasplantó el doctor Herzog tenga una vida propia y diabólica que convierta a mi pobre hermano en un monstruo involuntario...

—Mi secretaria le vio esta tarde esa mano. Se quitó el guante con el que estaba pintando... y dice que era horrible. Que tenía llagas, costras repugnantes... como las de un leproso.

Lívido, sir Tobías afirmó, mirando en tomo suyo como si temiera lo peor, el horror más inimaginable, surgiendo de aquel cerco de tinieblas que les rodeaba. El chillido agrio de una gaviota puso un contrapunto escalofriante en aquel silencio.

—Todos mis miedos y los de Moira se confirman... —jadeó—, Dios se apiade de nosotros, señor Dalby...

—Especialmente, de Hasper Curshing —recitó amargamente Derek, reanudando la marcha.

Cuando el profundo acantilado, con su pared cortada a pico cayendo sobre el festón rugiente de las olas, allá muy al fondo, les detuvo en su camino, todos se miraron desolados. Un hálito de desesperanza y de angustia sacudió a les componentes del grupo.

—No podemos seguir —dijo Archie Prescott, meneando la cabeza —. Si se ha arrojado abajo, será difícil que nadie dé jamás con él, señor...

—Cállese, Prescott —te reprochó duramente su patrón—. No diga eso. Las pisadas se borran en esas rocas. Tal vez lo pensó mejor y se dedicó a bordear el acantilado.

—Si usted lo dice... — el hombre se encogió de hombros, nada convencido, escudriñó el fondo del barranco y luego miró a Derek significativamente—, ¿Seguimos buscando?

—No, déjalo —suspiró sir Tobías—, Con el nuevo día lo intentaremos de nuevo. Ahora será mejor volver a casa... Es tarde, la noche es oscura e inclemente y no creo que logremos nada de este modo. ¿Está de acuerdo conmigo, señor Dalby?

—Sí —convino el detective—. Creo que sí...

Curshing inició el retroceso hacia la casa. En ese momento, ¡as voces de gente al pie del acantilado, atrajo su atención. Sobresaltados, todos volvieron atrás, intentando ver algo al fondo. Derek lo logró, pese a la distancia y la oscuridad.

—Hay fanales en los arrecifes —dijo—. Creo que se trata de embarcaciones…

—Deben ser los pescadores de Kingston —sentenció Curshing—. Han debido buscar protección de la marejada en ese punto…

—Yo diría que han encontrado algo, señor —apuntó tímidamente Prescott, asomado al abismo—. Hay marinos con farolas moviéndose por entre las rocas…

—Vayamos por el camino descendente, el que rodea el acantilado —sugirió vivamente sir Tobías con el temor reflejado en su rostro—. Tal vez…

No dijo más, dejando la frase en el aire. Pero todos entendieron su significado. Tal vez los pescadores habían hallado el cuerpo de Hasper Curshing allá en las rocas. Era lo que todos estaban pensando.

Recorrieron un camino de poco más de una milla que, descendiendo paulatinamente, iba a dar al pie del acantilado por su lado sur. Cuando llegaron al borde del mar, fueron más visibles los pescadores, sus lanchas y sus fanales. Había al menos media docena entre los arrecifes de la costa, protegiéndose de los embates de un fuerte oleaje tras el muro natural de contención del lado norte del acantilado. Se acercaron allí dando voces para identificarse. Los marinos respondieron a ellos y agitaron sus luces.

—Oh, buenas noches, sir Tobías —dijo un curtido pescador envuelto en un chaquetón de lona impermeable—. ¿Qué andan haciendo por ahí a tales horas, señor?

—Buscando a alguien —dijo el aristócrata—, ¿Y ustedes?

—Nos refugiamos aquí al aumentar la marejada peligrosamente. El oleaje arrastró algo hasta estas rocas y tratamos de saber lo que era. Lo tenemos ahí, en una barca. No es nada agradable de ver, señor…

—¿No será… un cuerpo humano? —sugirió sir Tobías roncamente.

—Pues sí, lo es. Un cuerpo humano, más muerto que mi tatarabuelo, señor. Venga a verlo, si lo desea.

—Sí, vamos a verlo —susurró Curshing, tembloroso.

Todos fueron hasta la barca empotrada en las rocas, en una franja arenosa, donde aparecía un bulto cubierto por una lona embreada. Sir Tobías tomó una lámpara y la acercó al mismo, alzando la lona con decisión. Derek se puso a su lado.

Ambos hombres lanzaron una imprecación. Prescott indagó, tras ellos:

—¿Es el señor Hasper, sir Tobías?

—No, no… —Ia voz del aludido era ronca, quebrada—. Creo…

creo que lleva ya varios días muerto. Quizá semanas... Está descompuesto, casi irreconocible. Pero juraría que es... que es Jeremy Balderstone...

—Pues si es él, vea esto —dijo Derek gravemente—. Alguien le mutiló el brazo derecho.

Era cierto. Sir Tobías lanzó un sordo gruñido de horror. Al muerto, en avanzado estado de descomposición, le faltaba la mano derecha, limpiamente cortada.

*

El constable Knox dispuso a sus hombres en torno a la solitaria casa cercana al acantilado. El día era triste y nuboso, y no cesaba de nevar, aunque en escasa cantidad.

—Ahora, vamos a ocupar la casa —dijo con energía, volviéndose a Derek Dalby—, ¿De veras desea estar presente en este arresto?

—Si es que lo consigue, sí

El constable frunció el ceño y su rostro rubicundo reflejó disgusto.

—¿Qué quiere decir con eso? Ese doctor o lo que sea, no tiene escapatoria Va a lamentar toda su vida haber usado la mano de un hombre asesinado para injertarla a otro hombre. Ese es un grave delito que le llevará al patíbulo.

—No me refería a eso. Sencillamente, dudo que el doctor Herzog esté aún en esa casa, constable Knox —sonrió Derek Dalby.

—Peor para él. Si trata de escapar, será como confesarse culpable, y no habrá sitio de Inglaterra adonde pueda ir en el futuro.

—Ese hombre parece habituado a largos viajes. Buscará otro país donde ejercer su peculiar cirugía ilegal, cambiándose probablemente de nombre. Sería mejor echarle el guante y saber por qué mutiló el cuerpo de Jeremy Balderstone, después de asesinarle. Porque el asesinato es evidente, después de haber hallado esa cuchillada que atravesó el corazón del joven Balderstone, a través de su espalda, ¿no es cierto, constable?

—Usted fue el primero en advertirlo, y el doctor McDermott, de Kingston, así lo ha confirmado al venir hoy a suplir al difunto doctor Crabb de modo provisional —aceptó de mala gana el constable, dirigiéndole una ojeada de soslayo—. Admito que es usted muy listo y muy observador, señor Dalby, por eso le he permitido estar presente en este arresto.

—Sí, ha sido muy amable —convino Derek con cierta sorna—. Ahora, veamos si puede echar realmente el guante a ese misterioso individuo...

Los policías locales avanzaron formando cerco en tomo a la casa, con sus revólveres a punto. El constable dio una orden, y dos de ellos

rompieron las vidrieras de las ventanas, penetrando impetuosamente en la casa. Otros dos forzaron la puerta con un tronco de árbol, sin esperar a llamar. Dentro del edificio, sonó un disparo.

Derek, con el ceño fruncido, asistía impávido a la maniobra. Al oír la detonación temió lo peor, pero momentos más tarde se abría la puerta, saliendo por ella los dos agentes, llevando consigo a Klaus, el mudo, que se agitaba, frenético, pugnando por desasirse de los policías. El pobre diablo emitía gruñidos y jadeos ininteligibles por completo.

—Es todo, señor —avisó un agente al constable, agitando un brazo —. ¡El doctor Herzog ha desaparecido! Sólo está en la casa este infeliz. Bastó un disparo al aire para que renunciara a escapar...

—Vamos allá, señor Dalby —invitó de mala gana el constable—, Si ese tipo se ha escapado, juro que dedicaré mi vida a buscarle esté donde esté...

Derek sonrió, indulgente. Sabía que esas eran cosas que se decían, harto difíciles de cumplir. El constable seguiría ejerciendo su deber en aquel lugar u otro parecido, con igual ineficacia que hasta entonces, y eso sería todo. Si el doctor Herzog había hecho mutis precipitado, como todo daba a entender, no sería él quien le diera alcance jamás.

Entraron en la casa, comprobando que era cierto. Alguien había hecho su equipaje precipitadamente, dejando caídas prendas oscuras por doquier, así como útiles e instrumental quirúrgico. La marcha del doctor Herzog, el misterioso cirujano capaz de trasplantar una mano entera de un hombre a otro, había sido rápida y certera.

Registraron toda la casa, sin hallar nada de especial interés. Derek observó el acceso a un sótano bajo la amplia escalera del vestíbulo, y la indicó al constable. Se inició la exploración del subsuelo de la casa. Derek captó en ese momento un gesto de instintivo terror de Klaus, él criado mudo de Herzog, esposado junto a los policías. Era como si temiera que hallasen algo concreto en el sótano.

Cuando bajaron, incluso Derek llevaba su revólver en la mano, por si acaso. Las lámparas ahuyentaron las densas tinieblas del recinto. El aire del lugar olía a pasado, con una rara mezcla de hedor animal, grasa y algo podrido. Sin embargo, no vieron nada, excepto una argolla que colgaba de un sólido muro de bloques de piedra, un montón de huesos descarnados, posiblemente de ratas y de otros animales, y unos excrementos y manchas de orina cerca de la argolla, como si algún animal hubiera estado alojado allí de modo secreto.

—Salgamos pronto de este infecto lugar —farfulló el constable, tapándose la nariz con los dedos—. El aire es irrespirable aquí.

El y los policías se dirigieron a la angosta escalera de acceso a la planta alta. Derek, en cambio, se quedó atrás, con un quinqué en la mano y el ceño fruncido, estudiando el reducto misterioso. Lo recorrió

una y otra vez. El policía le interpeló desde las escaleras:

—¿Se queda usted solo aquí tal vez, señor Dalby?

—No, no —negó el detective—. Sólo quería comprobar algo...

Recogió algún objeto del suelo, y se reunió arriba con los demás. Klaus esperaba a ser conducido en un carruaje celular al pueblo, con gesto de temor. Miró asustado a los poli-tías y a Derek cuando éstos abandonaron el sótano. El detective vaciló un momento. Luego, fue hacia el prisionero.

—Klaus, usted no puede hablarme, pero sí me oye y me entiende —dijo, suave.

El otro, medroso siempre, se limitó a asentir con timidez. Derek sonrió, apoyando una mano en su hombro. El preso dio un respingo. Los ojos revelaron auténtico terror al fijarse en él.

—No tema nada —le calmó Derek—. Sé que hubo alguien ahí abajo. Un hombre cautivo, Klaus.

—¿Un hombre? —rezongó el constable, estupefacto—. ¿Qué diablos está diciendo?

—Un animal no llevaría ropa —sonrió Derek, mostrando algo que sacó de su bolsillo. Un jirón de tela color avellana, con un botón dorado a punto de caer de una hebra de hilo. Klaus pareció profundamente aterrorizado al ver aquel simple objeto en manos del detective. Este añadió suavemente—: Perteneció al prisionero, ¿verdad, Klaus? Un prisionero que comía ratas, gatos, perros... De todo. Un ser encadenado ahí abajo, donde hada sus necesidades y comía, como una bestia salvaje.

Klaus asintió rápido, demudado. Su cuerpo todo temblaba. O sentía mucho terror hacia su amo, el doctor Herzog... o hacia el ser encarcelado secretamente hasta entonces allá abajo. Derek insistió:

—Tenía que haber una razón grave e importante para que ese ser humano no tuviera que ser visto por nadie, encerrado ahí abajo, como un animal peligroso, ¿no es cierto, Klaus? Y ahora, tu amo se lo tuvo que llevar consigo... Por tanto, viajará en algún carruaje que pueda mantener oculto a su cautivo... y no puede ir muy lejos de aquí, estoy seguro...

De nuevo asintió el mudo, con un gorgoteo incomprensible. Luego miró en tomo, como si temiera algo, tal vez la reaparición de su extraño amo, y advirtió que el constable y los policías se habían desentendido de él y del detective, para seguir revisando la casa minuciosamente.

En ese punto, el terror que dominaba al pobre mudo, jugó a éste una mala pasada. Pareció llegar a una súbita decisión... y echó a correr. Escapó de la casa como alma que lleva el diablo, lanzándose a toda velocidad sobre la nieve. Derek le gritó, alarmado:

—¡No, no haga eso, no sea necio! ¡Quieto, vuelva acá! ¡Klaus,

vuelva, nadie va a hacerle daño estando nosotros!

El mudo no quiso oírle. Corría como un loco. El constable soltó un juramento, desenfundó su revólver y corrió a la puerta con otros dos policías. Derek le rogó:

—No, no le dispare, pobre diablo... Es inofensivo... —¡Déjeme en paz, esto es asunto mío! —bramó el constable, Y le ordenó con voz tajante al evadido—: ¡Vuelve acá, imbécil, o disparo! ¡Vuelve, es una orden!

Klaus no le hizo el menor caso. El constable iba a disparar. Derek le apartó el brazo, evitándolo. Pero no pudo evitar que otro agente, asomando a la puerta, hiciera fuego con su revólver. En la blanca nieve, en plena mañana, el blanco que ofrecía el fugitivo era nítido. Le oyó exhalar un quejido ronco y caer de bruces en el blanco suelo. No se movió.

—No debieron hacerlo —se quejó Derek, sombrío—. No debieron hacerlo...

Cuando llegó con los policías junto a Klaus, comprobó lo que ya temía. La bala había sido estúpidamente certera. El mudo criado del doctor Herzog estaba muerto.

Irritado, se alejó de los policías locales sin pronunciar palabra.

Mientras el constable y sus hombres rodeaban al difunto Klaus como un trofeo valioso, el detective se dedicó a buscar en la nieve las huellas de un carruaje. Las encontró a espaldas de la casa, medio borradas ya por la nevada. Una mirada le bastó para comprobar que seguían la dirección sur-sudoeste, alejándose del acantilado y también de la carretera vecinal hacia Long Riston.

Tomó nota mentalmente de todo ello, antes de regresar a Curshing Manor. Allí, habló con su secretaria de todo lo sucedido. Susan le interrogó, tras escucharle:

—¿Qué cree que estaba haciendo Herzog con ese prisionero y adonde puede haberlo llevado?

—Por Ia razón que sea, le interesa conservar a su cautivo y mantenerlo lejos de miradas indiscretas. Es obvio que algo grave tiene que ocultar para haberse escapado tan precipitadamente, pero dudo que sea él quien mató a Jeremy Balderstone y a los demás, aunque haya tenido en ese drama un cierto papel más o menos directo...

—¿Qué piensa hacer, entonces?

—Seguir el rastro de ese hombre hoy mismo. Tal vez encuentre su actual escondrijo. Algo me dice que con un cautivo como ese a rastras, no pudo ir demasiado lejos, aunque sí a un lugar que él crea seguro de momento para ocultarse.

—Y Hasper Curshing sigue sin aparecer...

—Tal vez a estas horas esté muerto, como Jeremy Balderstone, pero no podemos estar seguros mientras no se halle su cadáver.

—Me gustaría ir con usted en la búsqueda de Herzog, Derek.

—Puede ser una aventura peligrosa —señaló Derek, cauteloso.

—¿Cree que no lo es quedarse en esta casa, rodeada de nieve y de silencio, en un paraje donde ya han asesinado a varias personas y donde una mano criminal anda suelta, sin responder siquiera al hombre en cuyo brazo está injertada? Mientras usted no está aquí, me siento realmente asustada. Y noto que esa chica, Moira, también lo está. E incluso el propio sir Tobías...

—Está bien, no trate de endulzarme más la píldora —rió Derek—. Vendrá conmigo, pero luego no se lamente.

—Gracias, jefe —respiró ella aliviada—. No sabe qué peso me quita de encima...

CAPITULO VII

Los caballos que montaban Derek y Susan en aquella tarde nubosa y fría, avanzaban con alguna lentitud a través de la blanda y espesa capa blanca que cubría la campiña de Humberside. Pero el detective estaba seguro de que seguían en el buen camino, y la pista del doctor Herzog seguía siendo la que ellos rastreaban.

Pasaron ante la mansión ruinosa de los Balderstone, ante cuya puerta se veía un negro fiacre, sin duda preparado para trasladar al joven Jeremy al camposanto. Los dos hermanos aparecieron en la entrada. Los ojos de Abner descubrieron de inmediato al detective, pero no le hizo gesto alguno de saludo. Austin se limitó a seguirle con mirada triste y abatida.

—Los Balderstone han sufrido un rudo golpe, aunque ya se lo temían —comentó Derek, pensativo—. El odio de Abner hacia los Curshing aumentará todavía más, si cabe.

—Pero si Hasper es culpable de todo..., ¿qué papel representan en esto el doctor Herzog y su misterioso cautivo? —se interesó Susan Blake.

—Eso aún no lo sé. Por eso estamos buscando el paradero de ese cirujano, para que nos ponga en claro muchas cosas que aún están oscuras.

Siguieron caminando a través de la nieve. El rastro del carruaje usado por Herzog en su fuga apenas si era ya visible, pero aun así seguían en pos de él, infatigablemente. En la distancia, a su derecha, era visible un pequeño villorrio totalmente cubiertos por la nieve sus tejados, como en un cuento infantil. Las huellas del carruaje se alejaban también de ese punto.

De pronto, Derek paró su caballo e hizo que Susan le imitara. Algo se alzaba ante ellos en un pequeño altozano. Era un recinto rodeado por una verja. Dentro, entre la nieve, destacaban cruces de piedra recortándose contra el cielo gris.

—Un cementerio... —dijo Derek con lentitud—. El rastro va en esa dirección.

—¿Cree usted que...? —comenzó Susan, aprensiva, mirando el camposanto.

—No creo nada. Pero vamos a ir a ver ese lugar. Un cementerio es lugar ideal para ocultarse. La gente no acostumbra a frecuentarlos en exceso. ¿Teme a tos muertos, Susan?

—Yo creo que empiezo ya a tener miedo de todo —suspiró ella—. Si al menos supiera que es alguien vivo y no una mano salida de la tumba, el responsable de esos crímenes...

Derek no contestó, limitándose a sonreír. Ella le vio empuñar su

revólver, antes de reanudar la marcha hacia el fúnebre recinto aislado en la campiña. El detective explicó luego, con tono tranquilizador:

—De momento, Herzog es, un ser vivo y bien vivo. Por él tomo estas precauciones, Susan. Por él y por su cautivo. Un cirujano que injerta manos de cadáver y que lleva un prisionero capaz de devorar ratas y perros, resulta de por sí inquietante. Mucho más que las personas que reposan en ese cementerio para siempre.

Y siguieron adelante, alcanzando pronto los límites cercados del camposanto, que cruzaron ya a pie, dejando los caballos atados a la verja. Derek iba delante, arma en mano, llevando cogida de una mano a Susan, algo más retrasada.

Los blancos, algodonosos copos de nieve, caían con lentitud, posándose mansamente sobre las tumbas y sus cruces.

Los ojos de Derek Dalby no perdían detalle escudriñando todos los rincones del pequeño y aislado recinto funerario, especialmente detrás de las más altas y pesadas cruces de piedra blanca o gris, con inscripciones familiares. Sobre las lápidas, la nieve había llegado a formar montículos que hacían imposible distinguir los epitafios en ellas grabadas.

—Es un sitio que me produce escalofríos, Derek —susurró la joven.

—Y a mí. Pero no por los que reposan bajo esas lápidas precisamente... —d detective giró la cabeza en derredor, con sus nervios en tensión—. Es algo que hay en este cementerio lo que me preocupa. Algo que podría casi palparse, que flota en el ambiente, Susan. Sospecho que unos ojos nos vigilan desde alguna parte... o mi instinto me está haciendo intuir cosas que no existen.

Las palabras de Derek no contribuyeron precisamente a aliviar la inquietud de la joven, pero sí a aumentar sus recelos. Tal vez por eso, fueron sus agudos ojos los que vieron primero la presencia viviente en el mundo de los muertos.

—¡Allí, Derek! —susurró roncamente, apretando con fuerza la mano del joven—. Tras ese ángel de piedra...

Rápidamente, el joven detective giró la mirada en esa dirección. Alcanzó a vislumbrar la sombra furtiva que desapareció tras la figura angélica tallada en piedra blanca, y perteneciente sin duda a un difunto de religión católica. Fue apenas un borrón difuso en el blanco casi cegador de la nieve y de las lápidas y cruces. Pero lo suficiente. Su dedo índice se tensó en el gatillo y respiró con fuerza.

—Cuidado —silabeó—. Creo que estamos cerca de algo... y ese algo es peligroso. Muy peligroso, Susan.

Avanzó con paso rápido hasta la figura del ángel reclinado sobre la lápida del mismo material. Adelantó su mano armada y miró atrás. No había nadie.

Pero sus ojos se clavaron en una pequeña puertecilla, casi sepultada en la nieve, situada detrás de la escultura de piedra. Era sin duda el acceso a una cripta.

Sobre la nieve, unas pisadas eran visibles, yendo a morir justo ante esa puerta metálica. Dos escalones de piedra descendían hasta ella, cubiertos totalmente por el blanco elemento. Los dos jóvenes cambiaron una mirada de crispación y alarma.

-—Lo que sea, está ahí dentro —susurró Derek—. Creo que hemos dado a! fin con el rastro del doctor Herzog y de

su misterioso prisionero...

—¿Piensa..., piensa entrar ahí? —musitó ella, muy pálida, señalando la puertecilla.

—Claro —sonrió Derek con dura expresión—. No queda otro remedio.

—Dios mío... No sé si seguirle o esperar aquí. Las dos cosas me resultan espantosamente inquietantes. ¿Por qué aceptaría yo esta clase de empleo?

—Creí que era una chica mucho más valiente y decidida

—rió Derek,

—Y lo soy. Pero esto... es demasiado. Mi instinto también me dice que vamos a encontrar algo horrible ahí dentro.

—Pero esclarecedor. Y necesario. Conviene enfrentarse a la verdad, por espantosa que esta sea, cuando uno da al fin con ella, Susan. No debe temer nada. Voy armado. Y no vamos a enfrentamos con ningún fantasma, estoy seguro de eso.

--Como quiera —susurró ella—. Estoy decidida. Vamos adelante, y que sea lo que Dios quiera.

—Buena chica —aprobó el detective—. En marcha. Esté preparada. Y no se separe de mí, ocurra lo que ocurra.

Avanzó decidido. Bajó los dos escalones, hundiendo sus

piernas en la nieve acumulada. Susan Blake le siguió resueltamente. Se detuvieron ante la puertecilla metálica. Derek la empujó lentamente con el pie. Como esperaba, cedió con un chirrido lastimero de metal oxidado. Notó que los dedos de Susan se crispaban en su brazo.

Acabó de empujarla, con ciertas dificultades. Algo impedía que la hoja de metal cediera por completo. Era como si un peso la obstruyera. La luz del día y el resplandor de la nieve penetraron en el recinto de la cripta. Un murciélago salió volando alarmado, para revolotear como loco sobre los dos jóvenes. Susan dominó un chillido a duras penas.

Derek comprobó qué era lo que impedía que la puerta cediese hacia el interior totalmente.

Era un cuerpo humano. Un hombre inerte sobre las baldosas de

piedra, frías y polvorientas, del interior de la cripta. Susan le reconoció de inmediato al bajar la mirada hacia él.

—¡El doctor Herzog! —gritó con horror—. Está...

—¿Muerto? Sí, eso creo —asintió Derek, contemplando el corpachón vestido de negro, cuyo rostro se aplastaba contra las baldosas. Parte de éste se hallaba totalmente destrozado, como si lo hubiesen aplastado con un peñasco. Sangre, huesos rotos y cabellos se entremezclaban en su hundido cráneo. Susan gimió algo entre dientes.

Derek pasó sus piernas por encima del muerto, e igual hizo ella. Se encontraron dentro de la cripta. Era pequeña y de forma circular. Había sepulcros en sus muros. Y dos de ellas estaban aún vacías, a la espera del cuerpo que debieran acoger algún día, perteneciente sin duda a la misma familia dueña del panteón. Pero uno de los bultos que se vislumbraban dentro de otro de los huecos murales, pese a la penumbra del recinto, no le pareció a Derek en absoluto el que podía formar un féretro mortuorio.

Por ello alzó su arma y avisó con voz clara, serena y fríamente:

—Sera mejor que salga de ahí., quienquiera que sea. Estoy dispuesto a matarle si no obedece.

Susan se quedó sobrecogida. Y más aún, cuando pesadamente, una forma cobró vida en el hueco alargado del sepulcro, comenzando a salir. Dominando un escalofrío, miró como hipnotizada a aquella forma viviente que no le era posible captar con claridad. Una especie de sordo gruñido escapó de labios del ser intimidado por la amenaza de Derek, al poner sus pies en el suelo de la cripta.

Luego, de repente, aquel desconocido ser se precipitó sobre el detective, con un alarido inhumano, enarbolando en el aire algo espantoso, que centelleó, herido siniestramente por la luz del día y de la nieve resplandeciente.

¡El ser no tenía mano, y en su lugar brillaba una terrorífica pinza de acero, todavía empapada en sangre y cabellos!

El resto del ser aquel, era digno de la más escalofriante de las pesadillas. Porque ni siquiera tenía rostro o forma. Todo él era un cuerpo informe, devorado por un mal oscuro y terrible, procedente de la Edad Media.

¡Lepra!

*

Derek se vio obligado a disparar.

Lo hizo una sola vez, apuntando al corazón del enemigo que se le venía encima como una fiera. El agresor paró en seco a mitad de la cripta, se agitó convulso, exhaló un atroz berrido, y se desplomó de bruces, dando vuelcos por el recinto fúnebre, ante el horror de Susan

y la vigilancia fría y serena de Derek Dalby.

La mano ortopédica de metal rebotó dos veces sordamente en las losas, dando una ligera idea de la contundencia mortífera de su simple contacto. El rostro devorado por la lepra se les encaró, repugnante y terrible, siendo sólo visibles unos ojos ardientes en medio de podredumbre, carne desprendida, purulencias y mutilaciones. Aquel ser no tenía nariz ni orejas, y su boca era ya sólo una doble hilera de dientes a la vista, sin labios ni mentón. Su otra mano era un muflón de huesos descamados.

—Dios mío, ¿qué significa esto, Derek? —sollozó · la muchacha.

—Significa que hemos encontrado al prisionero del doctor Herzog, el hombre encadenado en el sótano de su casa del acantilado. El misterioso donante de la nueva mano de Hasper Curshing... El hizo ya justicia a su modo. Mató a su captor, e iba a hacer lo mismo con nosotros ahora. Ya queda poco humano en él, enloquecido por el cautiverio y Ia enfermedad...

—Lleva... lleva ropas muy descoloridas y rotas..., pero con botones dorados... —musitó ella, viendo convulsionarse al monstruo ante ellos.

—Sí. Sospecho que es lo que queda de un brillante uniforme —asintió vagamente Derek, acercándose temerariamente al ser que agonizaba en tierra. Se inclinó sobre él y comenzó a hablarle con voz ronca y apacible.

El monstruo dio la impresión de calmarse, tras un primer intento de alzar su mano de metal y golpear a Derek. Susan incluso le oyó sollozar, en tanto la sangre empapaba sus jirones de ropa y la carne tumefacta y repugnante de su cuerpo carcomido por el mal.

Hablaron unos instantes ¡os dos a media voz. Luego, el ser espantoso exhaló un quejido y se desplomó boca arriba, golpeando por última vez las baldosas con su garfio metálico.

—Ha muerto —susurró Derek, con tono cansado, poniéndose en pie—. Pobre diablo... Ahora, al menos, ya reposa en paz para siempre. Es lo mejor que podía ocurrir. Salgamos de aquí, Susan. Creo que el caso ha terminado, o poco menos.

Abandonaron en silencio la cripta, dejando allí los cadáveres del doctor Herzog y su extraño y alucinante prisionero. Susan respiró hondo, una vez fuera.

—Creo que nunca olvidaré eso mientras viva —gimió. —Yo tampoco —convino Derek. Miró en derredor, pensativo—. Volvamos, Susan. Pronto oscurecerá...

—Pero no entiendo nada de lo sucedido, Derek.

—Lo entenderá cuando se lo refiera. Tenemos tiempo por el camino de regreso a Curshing Manor... Es preciso llegar cuanto antes para evitar nuevos crímenes...

—¿No era… no era Herzog el asesino? ¿Ni el monstruo? —No, no. Jugaron un importante papel en todo, pero no fueron los asesinos…

CAPITULO VIII

Era ya noche cerrada cuando llegaron a Curshing Manor,

Había noticias importantes esperándoles. El primero en informarles de ellas fue el mayordomo Hodges, con gesto complacido:

—Ha aparecido el señor Hasper, sano y salvo. Se le halló errando por ahí, como ausente. El señor le ha llevado a la ciudad para que esté bajo control médico todo el mayor tiempo posible. Lo malo es que parece ser que perderá su mano de nuevo, ya que ha sido detectado un fuerte rechazo al miembro injertado, y éste ofrece ya señales de putrefacción... Pero cuando menos, su vida está fuera de peligro, y todo se limita, según parece a un fuerte shock nervioso. En cuanto al constable está muy feliz porque ha logrado dar caza a ese evadido, el homicida Coxhall, y lo ha encerrado en la prisión de Kingston, acusándole de los últimos crímenes cometidos, aunque el tipo jura y perjura que es inocente de todo eso.

—Y posiblemente tenga razón, Hodges —suspiró Derek—, ¿Tardará mucho en volver el señor?

—Supongo que estará aquí para la cena, si todo va bien. En caso contrario, les serviré a ustedes y a la señorita Shayne.

Derek y Susan se encaminaron a la biblioteca, donde Moira les recibió incorporándose con viveza, y mostrando un gesto de alivio en su rostro.

—Menos mal —exclamó—. Me sentía terriblemente sola. ¿Todo ha ido bien?

—Sí, muy bien, señorita Shayne —sonrió Derek—, Ya me ha contado Hodges las novedades aquí. ¿Es cierto que la mano de Hasper ofrece señales de rechazo?

—No es exactamente eso —musitó la joven con gesto ensombrecido—. Algo teníamos que decir al servicio. Me temo que sea... ese horrible mal.

—Entiendo. La lepra.

—Sí... —ella se tapó el rostro con las manos—. Daba horror ver su mano. Cubierta toda ella de esas llagas...

—Es una enfermedad espantosa, lo sé. También nosotros hemos visto sus efectos en otra persona, esta misma tarde.

—¿Qué? —se asustó ella, mirándole con asombro, muy abiertos sus bellos ojos—, ¿Es que ha visto algún otro caso de... de...?

—Sí, señorita Shayne. Uno en .su mayor degradación, ya en sus finales. Un pobre diablo devorado por el mal, convertido en un monstruo...

—¿Dónde ha sido eso?

—En un pequeño cementerio que escogió el doctor Herzog para

ocultarse con su prisionero. Ambos están muertos ahora.

—Dios mío... —se estremeció la joven—, ¿Es que nunca van a terminar aquí los horrores?

—Ya han terminado, no tema. El siniestro doctor que hizo ese trasplante, está muerto. Y el leproso al que cortó una mano aparentemente sana para injertarla a Hasper Curshing... también.

—¿Cree que eso termina con todo? ¿Eran ellos culpables, entonces?

—No, señorita. Ni el doctor Herzog ni el coronel Douglas Shayne eran culpables de esos crímenes.

—¿Qué? ¿Cómo ha dicho? —se sobresaltó ella, pegando un respingo y palideciendo intensamente.

—El coronel Douglas Shayne, de las fuerzas coloniales inglesas en Hyderabad, India. Usted tenía que saber que su padre no murió allí como había dicho, sino que regresó a Inglaterra enfermo de lepra, adquirida en un lazareto de la India, y esa noticia mató a su madre. Usted logró internar a su padre, con la ayuda del doctor Herzog, pero el mal prosperó tanto que hubo que encerrarle como a una bestia, y mantenerlo encadenado, lejos de los demás seres humanos e incluso lejos de la luz.

—Usted está loco... —jadeó la joven—. Eso no tiene sentido...

—Señorita Shayne, hablé con su padre antes de morir. Me confesó quién era y refirióˆ parte de la dolorosa historia, al sentirse morir con una bala junto a su corazón. Todavía luda jirones de su viejo uniforme de oficial colonial, con sus botones dorados y su tejido color avellana. Eso me dio la pista de su identidad real. Lo demás era sencillo. Usted luchó mucho para ocultar esa espantosa lacra familiar que puede hacer pensar que la bellísima Moira Shayne es hija de un leproso. Eso le hubiera impedido una boda conveniente. Así iba a perder a su primer novio, Jeremy Balderstone, cuando éste descubrió la verdad. No se refería a la lepra de los Balderstone cuando habló de eso, sino a la de usted, Moira, a quien amaba. Pero por entonces, usted ya había averiguado que los Balderstone no tenían dinero y estaban llenos de deudas, y logró enamorar a otro rico pretendiente, sir Tobías Curshing, para casarse con alguien que le diera riquezas y posición suficientes como para luchar contra ese mal, si llegaba a ser hereditario y no adquirido en la India, como usted teme en el fondo. Tal vez por ello, no le costó demasiado esfuerzo apuñalar por la espalda al pobre Jeremy y arrojarlo luego por el acantilado.

—Está diciendo disparates, cosas sin sentido, señor Dalby. Diré a Tobías todo lo que me está ofendiendo, para que le eche de esta casa... —murmuró ella, lívida.

—No podrá conseguirlo. Sé que usted mató a Jeremy, romo luego mató a los demás. Su plan era simple. Legalmente, sir Tobías no es

sino el segundo de la familia. El mayor y el heredero, es Hasper. Si él cambia de parecer, sir Tobías pasará a no ser nadie aquí, y Hasper se hará el dueño de todo. Hace tiempo que ya no se llevan bien, sobre todo a partir del desgraciado accidente del hacha, tras una pelea familiar. Por eso usted fue quien inculcó la idea de un trasplante de mano a su prometido, y buscó al doctor Herzog para ello. Le conocía desde hacía tiempo, por eso le confió a su padre enfermo, y le convenció para que le trasplantara una mano capaz de tomarse leprosa a la larga,* para así justificar los crímenes que usted cometería, y que él, Hasper Curshing, pagaría. Era un bonito modo de deshacerse de él. Con un poco de influencia y sugestión sobre Hasper, haría el resto. Es usted persuasiva y tiene cierta capacidad hipnótica, para una persona débil como Hasper. Acabó pensando que su mano tenía vida propia, mientras era usted quien por las noches mataba a la gente en esta propiedad, eligiendo indiscriminadamente sus víctimas. Lo importante era culpar a Hasper y que pagara en la horca o en el manicomio, quedando sólo sir Tobías para darle todo el dinero de los Curshing. Lo importante era que sir Tobías jamás sospechara que se casaba... ¡con una leprosa!

Y súbitamente, Derek rasgó de un manotazo la blusa de la joven prometida de sir Tobías Curshing... para revelar, ante el horror de Susan, los hermosos pechos desnudos de la joven, cubiertos ya de unas feas y oscuras llagas incipientes.

Ella chilló, despavorida, cubriéndose con rapidez, aunque tarde. Derek sonrió fríamente.

—Lo imaginaba —dijo—. Su padre no adquirió el mal en la India. Allí sólo precipitó y agravó su aparición... Usted heredó el mal de los Shayne...

Moira actuó con rapidez. Hundió las manos en los amplios bolsillos de sus faldas. Cuando las extrajo, Derek dilató sus ojos con sorpresa y lucidez. ¡La bella muchacha había cubierto sus delicadas manos con unos guanteletes articulados de láminas metálicas! Ahora, esas manos eran dos garras terribles y poderosas, que brillaron siniestramente a la luz.de la chimenea.

Susan trató de sujetarla, y recibió un golpe de plano con una de aquellas manos, que la lanzó contra el suelo, derribando una mesita. Quedó semiinconsciente, mientras Moira, como una fiera, se precipitaba sobre Derek, para aferrar su garganta con aquellas terroríficas manos de metal.

Era el último detalle que le faltaba a Derek para comprender cómo tan delicadas manos habían podido asesinar a aquellas personas. Con semejantes guanteletas envolviéndolas, convertía sus manos en dos garras mortíferas y poderosas, que ahora acababan de hincarse en su propio cuello con sorprendente celeridad y precisión.

Cerca de él, el rostro lívido y descompuesto de la joven ya no era nada agradable ni hermoso. Desorbitaba sus ojos, en el frenético esfuerzo por estrangularle aquí mismo.

Derek consiguió clavarle un rodillazo en las ingles, pero aunque ella jadeó, no soltó su presa del cuello del detective. Este empezó a sentir la asfixia, y supo demasiado tarde de las fuerzas demoníacas de aquella mujer, enloquecida por el odio y por la ambición, unido todo ello a su demencial deseo de ocultar la lacra infame de su dolencia.

Inesperadamente, alguien saltó sobre la espalda de Moira Shayne, colgándose de ella como una lapa, y comenzando a martillearle la cabeza a puñetazos.

La asesina, furiosa, soltó a Derek, que cayó de rodillas, jadeante, para revolverse contra su nuevo adversario, que no era otro que la valerosa Susan Blake. La arrojó, contra la pared con violencia, y se dispuso a hundir sus metálicos dedos en su cuello.

Susan la contempló con terror, arrojándole un escabel, que la asesina apartó de un manotazo, avanzando hacia ella implacablemente.

Un disparo resonó en la biblioteca. Moira Shayne se tambaleó, insegura, con gesto de estupor. Giró la cabeza.

En la entrada al salón, sir Tobías Curshing, lívido, demudado, sostenía en su mano un revólver humeante. Moira jadeó, tambaleante.

—Querido…, ¿por qué? ¿Por qué…?

Y se desplomó de bruces, herida mortalmente. Susan respiró hondo con alivio, y Derek se repuso lentamente, llevándose las manos al cuello, donde aparecían marcados los acerados dedos de los guanteletes mortíferos.

—Gracias, sir Tobías… en nombre de los dos —susurró el detective.

Sir Tobías dejó caer su arma. Desolado, sus brazos colgaron a ambos lados de su abatido cuerpo. Su voz apenas si fue audible:

—Hasper… Hasper… me lo dijo en la ciudad, cuando le examinaba el doctor —gimió—. Me dijo que Moira era culpable. El la había visto… matar al doctor Crabb aquella noche, desde su ventana. No le mató cuando sonó el grito, no. Para entonces, el doctor ya estaba muerto… La propia Moira asomó por su ventana y gritó poderosamente, imitando la voz del pobre doctor. Así se creaba una coartada… Hasper no sabía qué pensar, estaba tan confuso, tan aturdido, tan dominado por el poder casi hipnótico de Moira… Pero bajo los efectos de una droga del doctor, habló y habló… Dios mío, celebro haber llegado a tiempo, señor Dalby, señorita Blake…

Y un sollozo ahogado escapó de sus labios, contemplando el cuerpo inerte de su prometida.

*

—Aún hay algo que no me he explicado bien, jefe.

—¿Qué es ello?

—La mano de Jeremy Balderstone... ¿Quién cortó esa mano al cadáver? Por entonces, ella aún no había pensado la idea del trasplante, ¿no?

—Lo pensó de inmediato. Bajó al acantilado y cortó la mano de Jeremy, arrojando luego el cadáver a las oías. Enterraría en cualquier lugar esa mano. Lo importante era hacer creer que la lepra era cosa de los Balderstone y no de ella y los Shayne... ¿Ahora todo está claro?

—Sí, supongo que sí —suspiró ella—, ¿Herzog escapó por miedo?

—Naturalmente. Temía ser desenmascarado. Su visita le convenció de ello, y se puso en fuga con su prisionero, pero éste se vengó de tanto cautiverio, tanta indignidad... Creo que el tal Herzog debió ser expulsado de muchos países por sus inconfesables prácticas médicas. Y como aquí no tenía suministradores de cadáveres, utilizó al pobre coronel Shayne para su trasplante... seguro de que aunque no surgiera la lepra, el rechazo aparecería, marcando con manchas y descomposición aquella mano, y llevando a Hasper a la demencia.

—Ha sido una horrible historia, jefe.

—Lo admito, no fue un buen principio para usted, Susan —suspiró Derek, mirando el paisaje nevado desde la ventanilla del ferrocarril que les llevaba de vuelta a Londres—. Pero no todos los casos serán así...

—Sólo eso faltaría —la joven respiró hondo—. ¿Qué haremos al llegar a la ciudad, Derek? ¿Trabajar en otro caso de inmediato?

—No, no, nada de eso. Sir Tobías ha sido muy generoso en su pago, y vamos a celebrar el final de tan espantoso suceso adecuadamente. Le debo una buena comida por salvarme la vida anoche, en la biblioteca, cuando tan valientemente atacó a aquella mujer. De modo que iremos a cenar a un buen sitio, al teatro luego... ¿Qué le parece el programa a mi bella y eficiente secretaria?

—Jefe, por favor, me hará ruborizar...

—Mejor. Seguro que estará aún más bonita con las mejillas arreboladas —rió el detective. Luego la miró largamente y añadió—: Si es que eso es posible...

—Jefe, no sea demasiado galante conmigo. Soy su secretaria, no su novia ni su amante...

—Eso tiene fácil arreglo. Sea todo a la vez.

-¿Qué?

—Novia, amante, esposa... y secretaria. Le estoy ofreciendo ese cargo de por vida. ¿Qué me responde?

—¿Habla en serio?

—Totalmente.

—Entonces… mañana le contestaré — sonrió, ella. picara—, Después del teatro…

FIN